

## **INFANCIA EN TACNA\***

*"Todos somos jóvenes ante la vida y el paso de los años es, una marcha hacia el territorio del enemigo"*

**Henry James**

*"Entre Bremen y Nápoles, entre Viena y Singapur he visto más de una linda ciudad; ciudades junto al mar y ciudades en lo alto de las montañas; y, peregrino, de alguna fuente he tomado un trago del que luego se me formó el dulce veneno de la nostalgia".*

*"Pero la ciudad más hermosa de todas las que conozco es Calw, a orillas del Nagold, una ciudad suaba, pequeña, antigua de la Selva Negra.*

*"Si ahora vuelvo por acaso a Calw, voy bajando lentamente desde la estación, por delante del templo católico, por delante del "Adler" y del "Waldhorn", y, avanzando por la calle del Obispo, sigo, riberas del Nagold, hasta el "Weinsteg", o bien hasta el "Brühl"; luego cruzo el río y, por la calle baja de Curtidores (1), subo uno de los empinados callejones laterales hasta la Plaza del Mercado, paso bajo el Pórtico de la Casa del Concejo, continúo ante las dos enormes y viejas fuentes, echo una mirada a lo alto, hacia los antiguos edificios del Instituto Latino, oigo cacarear las gallinas en el huerto del "Kannenwirt", me encamino de nuevo hacia abajo, pasando ante el "Hirsch" y el "Rossle", y me demoro un buen rato en el puente. Este es el lugar que más quiero de la pequeña ciudad. Frente a él no es nada para mí la plaza de la Catedral de Florencia.*

*"Si ahora, sobre el bello puente de piedra, miro desde el río hacia abajo y hacia arriba, veo casas de las que no sé quién vive en ellas. Y si en una de esas casas se asoma una linda muchacha -que siempre las ha habido en Calw-, no sé cómo se llama.*

*"Pero hace treinta años, tras esas numerosas ventanas no había muchacha, ni hombre, ni vieja, ni perro, ni gato que yo no conociese. Por el puente no pasaba carro ni trotaba rocín del que no supiera a quién pertenecía. Y así, todo me era conocido: los muchos chicos de la escuela, y sus juegos, y sus apodos, las panaderías y sus artículos, los carniceros y sus perros, los árboles y, encima de ellos, las mariquitas de mayo y los pájaros y los nidos y las varias clases de uva espina que había en los huertos.*

*"De ahí le viene a Calw esa rara belleza. No necesito describirla, porque está en casi todos los libros que he escrito. No habría tenido que escribir de ella si me hubiese quedado a vivir en ese hermoso Calw. Cosa que no me estaba destinada.*

\* El texto de este ensayo difiere sustancialmente del que apareció en un lindo opúsculo publicado en 1959 por Pablo L. Villanueva. El cuidado de aquella edición estuvo a cargo de Sebastián Salazar Bondy.

(1) Traduzco convencionalmente Ledergrasse, calle o calleja del Cuero, o de los Cueros, que bien puede equivaler a Curtidores. Otros nombres como Adler (El Águila) Waldhorn (El Cuerno de Caza) etc., que son, sin duda, denominaciones de fondas o puntos llamativos del lugar, los dejo sin traducción (N. del T)

*"Pero cuando ahora, lo que desde la guerra se ha ido repitiendo con intervalos de unos cuantos años, vuelvo a detenerme por un cuarto de hora en el pretil del puente sobre el cual, siendo muchacho, eché mil veces el hilo de mi caña de pescar, siento profundamente y con una extraña emoción todo lo hermoso y singular que fue para mí esa experiencia: haber tenido alguna vez una patria; haber conocido alguna vez, en un pequeño lugar de la Tierra, todas las casas y sus ventanas y todas las gentes que estaban tras ellas. Haber estado ligado alguna vez a un determinado lugar de la Tierra, como el árbol con raíces y vida, está ligado a su lugar.*

*"Si yo fuera un árbol, estaría aún allí. Pero no puedo pretender cambiar lo que ya fue. Esto lo hago, a las veces, en mis sueños y en mi creación literaria, sin aspirar a hacer lo mismo en la realidad.*

*"Ahora, de cuando en cuando hay alguna noche en que siento nostalgia de Calw. Pero si viviera allí, a toda hora del día y de la noche, tendría nostalgia del lejano tiempo hermoso de treinta años atrás, que ha mucho huyó deslizándose bajo los arcos del puente viejo. Eso no estaría bien. De los pasos que se han dado, y de las muertes que hemos muerto, no hay que arrepentirse.*

*"Sólo de vez en cuando puede echarse una mirada por allí, vagar por la calle de los Curtidores, pararse un cuarto de hora en el puente; aunque sea tan sólo en sueños y aunque no se haga muy a menudo".*

**Hermann Hesse (1918)**

*"La sangre, ese frágil árbol escarlata que  
llevamos adentro..."*

**Sir Osbert Sitwell**

***I En la Plaza. La pila y la Guía Azul Hachette. El espacio hállase subordinado al tiempo. Doña Carlota, maestra peruana. Genoveva y Natividad: Penas y gentiles. El "jorobadito". Canciones de moda. La vida cotidiana. La ciudad. El tren. El minifundio. La Alameda. Angostos canales. La quinta de doña María Tinajas. Recordar. Raíces en la tierra.***

Los recuerdos de la infancia en Tacna en los días de la ocupación chilena no son para mí una serie de hechos, o de rostros, o de panoramas eslabonados sistemáticamente en el tiempo. Superviven, más bien, dentro de un vasto conjunto indiferenciado, como el mar aparece ante los ojos de quien lo contempla desde una playa o desde un barco. Se mezclan dentro de ese todo el hogar, la familia, la ciudad natal, los amigos, cosas que ocurrieron o que oírrelatar, sucesos en los que participé o que vi, o que creo existieron, sentimientos o impresiones cuyo aroma aún me sirve de compañía, mezclados con fragmentos de experiencias más recientes.

Mi vieja casa familiar con su fachada de piedra, que el afeite de una pintura sacrílega mancilló no hace mucho tiempo, ubicábase en la plaza Colón, en una esquina. Al lado derecho veíamos a la Catedral, entonces inconclusa, pero con sus dos torres, erectas como si fueran mástiles orgullosos sobre un barco varado sobreviviente de alguna, silenciosa tempestad. Está hecho aquel edificio con el rosáceo sillar tacneño, más hermoso aunque menos conocido que el blanco de Arequipa.

#### ***La Catedral de cuarzo con su casto domo***

ha escrito el poeta Guido Fernández de Córdoba.

Hoy, ella ha sido, al fin, terminada con algunos cambios en relación con el proyecto inicial. Más alta y más grande que la de Lima donde el barro no está ausente, la rodea un espacio libre poco común, es decir no la circundan calles estrechas. Deja, en conjunto, una impresión fría pero imponente.

En la otra esquina de nuestro hogar veíamos, en cambio, algo mucho más prosaico y siempre lleno de actividad el sobrio local donde funcionaban la autoridad política de la provincia, la Corte de Apelaciones y el Correo.

La plaza asóciase también en mi recuerdo con dos palmeras solitarias, una delante de la Catedral y otra en la glorieta con la estatua de Cristóbal Colón obsequiada por la siempre poderosa colonia italiana en 1892; monumento que, imitando al personaje en él simbolizado, ha hecho ya tres viajes en la ciudad y pronto efectuará, según esperamos, el cuarto y último. Evoco también las acacias y el jacarandá del jardín cerrado por una reja de fierro y la pila que trazó y construyó la firma francesa de Gustavo Eiffel.

No es hiperbólico calificar a la pila, sobreviviente incólume del antiguo régimen peruano, como una joya. Cada vez que vaya Tacna, cumplo con el deber de ir a visitarla. Con sus seis metros de alto, es armoniosa y redonda y se diferencia mucho en sus variados ángulos, sin que se deteriore la armonía y la gracia del conjunto. En la parte superior brotan como de un ánfora, múltiples y delgadísimas

hilos de agua. Luego hay una fuente, gracias a la cual se renueva con igual finura, la marcha armoniosa de ellos. Más abajo, cuatro niños están de pie y se dan la mano. También aparecen figuras de pescados y se ve una taza más grande orlada por símbolos ornamentales marinos de los que emanan unos veinte pequeños conductos por los cuales se sigue expandiendo el delicado follaje acuático. Vienen, ya en otro plano, cuatro figuras femeninas, de perfil clásico, en don osas actitudes, atadas entre sí, con los pechos descubiertos. Sus túnicas llegan a las esbeltas piernas y dejan los pies desnudos. Representan quizás a las cuatro estaciones o a símbolos del poder fructificador de la tierra. Junto a ellas van cayendo los chorros sutiles del líquido vital en la dirección de una gran taza. Estas mujeres simbólicas tienen sus brazos en actitudes diversas y el talante de cada una es pensativo. Hállanse junto á unos tritones, de cuyas fauces también brota el agua hacia el último y más vasto nivel de la pila. Jamás hay aquí un ruido excesivo. Percíbese, más bien, un murmullo discreto del que emerge una sensación dulce e inalterable de sobriedad y de elegancia

No obstante mi admiración por la pila, he leído con amargura no hace mucho tiempo en la famosa *Guide BLEU* de la librería Hachette de París correspondiente a 1975 sobre el Perú y La Paz, menos de una página dedicada a Tacna (la obra tiene 315); Y en ella el curioso del mundo entero halla apenas lo siguiente: "Esta ciudad no tiene gran cosa que ofrecer al turista de paso, quien se deberá contentar en la Plaza de Armas con una fuente de bronce fabricada en Bélgica e instalada en 1869" (1). Es éste de un manual cuya circulación es enorme y su texto despectivo acusa severamente a los dirigentes del turismo en el Perú cuyo ramo ha sido elevado por el gobierno actual al más alto nivel: el de un Ministerio. Desde aquí hay también un indignado grito acusatorio. ¿Por qué las espléndidas aguas termales de Calientes son un rincón sucio y abandonado y no han hecho surgir a su alrededor un hotel con amplias facilidades no únicamente sanitarias sino deportivas y recreativas, es decir un lugar de atracción que bien hubiera podido superar al estupendo "motel" chileno de Azapa? ¿Por qué no han sido descubiertos y utilizados otros lugares placenteros en la campiña? ¿Por qué no existe una guía histórica y descriptiva de la ciudad, orientadora en relación con sistemáticos paseos a lugares de interés incluyendo a alguna de las bellas quintas de antaño? ¿Por qué ha habido silencio ante el esfuerzo del ingeniero F. Corante, cuyas fotos y "maquetas" ya son los pilares de un hermoso Museo de la Tacneñidad? ¿Por qué se hostiliza o se ignora al Grupo Teatral Tacna? ¿Por qué no se expande la biblioteca hasta convertirla en un centro de documentación sobre toda la zona del cono del Pacífico Sur que atraiga a estudiosos de Chile, Bolivia y el Perú cuando menos, bajo los auspicios de la Junta de Cartagena, de la Organización de Estados Americanos y de Naciones Unidas? ¿Por qué no se desarrolla la obra de la Universidad hasta el punto de que impregne la vida diaria ciudadana? ¿Por qué no se reconstruye alguna de las grandes mansiones del próspero siglo XIX, tal como se ha hecho con no pocas en Arequipa, Trujillo, Ayacucho y otras ciudades? ¿Por qué no se convoca a una asamblea de tacneños representativos de la que pueden emerger distintas sugerencias con la finalidad de dar nueva vida a la tierra de Zela, Vigil e Inclán?

El espacio hallase subordinado al tiempo. Después de abandonar, junto con los míos, nuestra casa solariega en 1912, cuando apenas había cumplido nueve años, volví a encontrarme delante de ella sólo en 1925, en que regresé a Tacna con motivo del plebiscito; pero sólo la vi de afuera, porque era entonces un casino militar chileno. En 1931, cuando Tacna había sido incorporada al Perú, atravesé su umbral de nuevo, después de diecinueve años. Funcionaba allí la oficina de la Caja de Depósitos y Consignaciones. Ahora sirve como local para el Banco de la Nación. Con sorpresa constaté que, en realidad, los patios, las habitaciones y los corredores eran mucho más pequeños de lo que creía. La memoria, sea porque la edad y la

(1) *Les Guides Bleus Hachette. Pérou. La Paz*. Paris, Hachette, 1975, pág. 266.

estatura influyen en la mente, sea porque la perspectiva de los años y la distancia agrandan las cosas, había cambiado la dimensión de esos lugares en los que tantos años viví y que tan familiares me habían sido.

Oficialmente las escuelas peruanas habían sido clausuradas en 1900, porque en ellas se incumplía uno de los artículos de la ley chilena de 24 de noviembre de 1860, por la que la instrucción primaria debía darse bajo la dirección del Estado y la enseñanza de la geografía y de la historia de aquel país era obligatoria (2).

Asistí a una escuela de primeras letras y de educación primaria, que bajo el nombre de "Liceo Santa Rosa" usado antes por otro plantel, regentaba la señora Carlota Pinto de Gamallo, en su casa particular, en la misma plaza donde vivíamos. La enseñanza que doña Carlota, antigua maestra peruana, junto con don Pedro Quina Castañón, impartía a un grupo muy reducido de niños, presentaba, para nosotros, las apariencias de la clandestinidad. Experimentábamos la sensación de ir a clases día a día como quien va a algo prohibido. Hasta los policías de las esquinas conocían, sin duda, la existencia de ese centro escolar; pero como era pequeño y aislado, habían decidido tolerarlo.

No recuerdo exactamente lo que me enseñaron, salvo que usé el libro chileno —¡chileno!— de Abelardo Núñez y que deletreábamos en coro. No va en contra de mi cariño y de mi gratitud por doña Carlota, anotar que, cuando viajé a Lima, a los nueve años, sabía leer muy bien, pero, como buen zurdo, sólo podía escribir con la mano izquierda.

Sospecho que tuve como verdaderas maestras a mi madre y mi hermana Luisa y también a mi nodriza Genoveva Salinas. El cariño ciego y absoluto de ésta, independiente de que yo fuese buen mozo o feo, popular o aislado, famoso o desconocido, venció al tiempo, a la ausencia, a las mudanzas de la fortuna. Tampoco he olvidado a la morena Natividad, una vieja doméstica afectuosamente incorporada, de hecho, a través de muchos años, como Genoveva, a la familia.

Natividad nos dejó muchos recuerdos. Entre ellos, el de su actitud cuando vio por primera vez el teléfono, el fonógrafo, la bicicleta y la máquina de escribir. En cada uno de esos momentos, se limitó a decir: "Lo que inventan los gringos para ganar la plata". Y en estas palabras juntábanse la sorpresa y el desdén.

(2) Las escuelas peruanas en Tacna fueron organizadas por Modesto Molina, en cumplimiento de órdenes del Presidente Nicolás de Piérola. En mayo de 1900 estaban regentadas por las siguientes personas: Carlota Pinto de Gamallo (calle Comercio N. 248, Escuela. de Mujeres); María Luisa Rospigliosi de Quiroz (Calle Comercio N. 200, Escuela de Mujeres); Clorinda F. Vda. de Benavides (Calle Comercio N. 17, Escuela Mixta); Carolina Vargas de Vargas (Avenida Bolívar N. 53, Escuela Mixta); Zoila Sabel Cáceres (Calle Zela N. 111); Eduardo Zevallos Ortiz (Calle Zela N. 124, Liceo Mercantil); Rosa Román (Calle Zela N. 64); José A. Saona (Calle Zela N. 655); María F. y Celinda 14arca (Calle Sucre. 114, Colegio de Mujeres); Perfecta Vda. de Taillacq (Calle Gamarra N. 146, Escuela Preparatoria de Varones); Juana A. Vda. de Mansilla (Calle Bolívar N. 490); Manuel O. Silvestre (Pallardelli N. 29, Escuela Preparatoria); Ricardo M. Mena (Alameda N. 162, Colegio Primario de Varones); Leonor Vera (Calle Bolívar N. 532); Matilde Arbulú de Rospigliosi (Avenida Dos de Mayo, Escuela Mixta N. 26). Zoila Sabel Cáceres protestó altivamente contra 81 actos de fuerza que se estaba cometiendo y se negó a firmar la notificación respectiva. Lo mismo hizo Carolina Vargas de Vargas. También fueron clausuradas las escuelas de Arica, Pára, Azapa, Calana, Molino, Pachía, Tarata, Codpa, Belén, Estique, Socoroma, Putre y Livilcar. Quiere decir, pues, que la gran mayoría de IOR tacneños y ariqueños que optaron por la causa peruana en las jornadas plebiscitarias de 1925 y 1926 había sido educada en planteles chilenos. Hubo reclamos infructuosos del canciller Enrique de la Riva Agüero y del ministro en Santiago, Cesáreo Chacaltana, éste en notas de 14 de noviembre de 1900 y de 24 de diciembre del mismo año. Sobre este triste episodio véanse el libro de Víctor M. Maúrtua *La cuestión del Pacífico*. Lima, Imprenta Moreno, 1901, pp. 312-315; la obra de Carlos Alberto González Marín *La escuela peruana en Tacna, (1793-1907)* Lima, Talleres Gráficos Moreno, 1970; y el reciente estudio de Raúl Palacios Rodríguez *La chileneización de Tacna y Arica*, Lima, Editorial Arica, 1974, págs. 73-78. Rómulo Paredes publicó una llamada "zarzuela dramática", en 1908, con 43 páginas en dos actos y en verso bajo el título de *La última escuela, Episodio de la ocupación chilena en Tacna*. No llegó a ser representada y no existió una partitura para ella. Guillermo Ugarte Chamorro es poseedor de un inconcluso manuscrito con el título *Escuela peruana en Tacna de niñas. Comedia infantil en dos actos y en prosa*. La adquirió en Lampa; y cree que el autor fue un maestro, presumiblemente primario, llamado Rufino Escobar. Debió escribirla, asevera Ugarte Chamorro, hacia 1902.

Sabía ella, además, numerosos cuentos y también la historia de las "penas" o sea de las almas de los muertos que no recibieron cristiana sepultura o que tratan de señalar la existencia de algún *entierro o tapado*, es decir un tesoro oculto durante muchos años. Antonio Oliver Belmás afirma que las "penas" de estas tierras son hermanas de los "aparecidos" o almas de Vasconia que surgen a veces en los cruceros de los caminos en aquel país; de los duendes gallegos llamados "encantos"; de los "ujanos" de la Montaña santanderina; del "follet" catalán, del "Martinico" de Granada, todos ellos parientes lejanos de los gnomos del Norte (3).

Además resultaba la inolvidable Natividad depositaria exclusiva de otras manifestaciones de la vida de ultratumba y también de su geografía pues, según ella repetía con solemne seriedad, tenían lugares favoritos en la casa. Uno de dichos rincones estaba junto a la "destiladera" de agua.

Los "gentiles", en cambio, decía, eran espíritus que, secos y viejos, habitaban en el campo y en los cerros, sobre todo entre piedras. No tuvieron Dios, rezaron al sol, a la luna y hasta a animales feos como las culebras. Castigados, no consiguen volverse polvo como los demás; arrastran sus huesos sin poder morir bien; vuélvense secos como una chalona. A quien encuentran, le soplan su aliento y lo vuelven anciano que comienza a doblarse y temblar y sólo puede hallar salvación si toma agua bendita.

En el folklore hogareño, si la "pena" ostentaba viejísimo abolengo español, el "gentil" provenía de arcaicas supersticiones indígenas. De este modo, Natividad nos introdujo en nuestros primeros años a un mundo de seres sobrenaturales oriundos de las dos principales corrientes de la formación histórica nacional y nos ofreció, sin saberlo ella ni nosotros, una lección viva de mestizaje mítico.

Estudí durante los años de Primaria y casi todos los de Secundaria en el Colegio Alemán de Lima. Bajo un severo régimen disciplinario correspondiente a la época de Guillermo II, las distintas asignaturas (menos Historia del Perú y Castellano) fueron enseñadas en aquel idioma. En nuestras tareas escolares, en nuestras lecturas, en nuestras charlas, en nuestros cantos, en nuestros paseos, los alumnos de ese plantel tuvimos que usar el alemán. No vino a ser sorprendente y, por el contrario, resultó inevitable que me familiarizara, al igual que mis compañeros, con las culturas alta y popular de la tierra de mis antepasados maternos.

Las "penas y los "gentiles" son pequeños hijos de la inquietud de la gente sencilla de estas latitudes ante el gran enigma de la vida ultraterrena y sobrenatural. Tan hondo problema ha interesado vivamente a los seres humanos de todos los tiempos. El racionalismo que se propagó desde el siglo XVIII no ha logrado, ni remotamente, erradicarlo. Múltiples formas de superchería y de engaño han surgido y continúan brotando alrededor de esta sagrada inquietud; al lado de ellas, la parapsicología trabaja con seriedad y constancia y los resultados finales de sus investigaciones llegarán quizás a ser tangibles algún día.

Al hacernos ciudadanos del mundo cínico de nuestro tiempo, miramos a las "penas" y los "gentiles" con un escepticismo total que puede estar acompañado por un interés anecdótico. Al fin y al cabo, se trata de hipotéticos seres ajenos a nosotros. En cambio, ha quedado indeleble

(3) Antonio Oliver Belmás, *José Calvez y el modernismo*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos 1974, págs 119-121. Corresponen estas referencias a una glosa (leí artículo do Calvez titulado "Los mil y un fantasmas de Lima".

en mi memoria, desde los años escolares, la figura del "jorobadito", el *Gucklicht Mannlein*, personaje de los cuentos de hadas germánicos inmortalizado en la famosa colección de poesía folklórica que se titula *Das Knaben Wunderhorn*. Aparece él en los siguientes versos.

*Cuando voy a la bodega a sacar un poco de vino, allá está el jorobadito que me roba la botella.*

*Cuando entro en la cocina y quiero preparar la sopa, allá está el jorobadito que me ha quebrado la olla, (4)*

Es un duende en tenaz acecho para malograrnos, burlón y hostil, las cosas buenas, o gratas, o favorables en el instante menos pensado. Suele hacer suyos los objetos que caen bruscamente de nuestras manos, o que se nos traspapelan en el instante en que más los necesitamos. El también nos empuja para que caigamos al suelo; o nos ciega cuando incurrimos en errores imperdonables; o facilita la ocasión para que, sin motivo, nos pesque una enfermedad. Asimismo, está ahí para hacernos desaprovechar las ocasiones propicias y para confundirnos si a nuestro alcance está, muy cerca, el camino mejor. Representa el símbolo de lo que llaman los italianos la "jettatura" y los españoles "la mala pata"; eso contra lo cual los gitanos creen que se defienden encogiendo el dedo pulgar y los intermedios de las manos y abriendo lo más que pueden ambos dedos restantes. Todos hemos encontrado a personas y aun a familias por las que parecería tener predilección, a veces durante largos años y a veces bruscamente para llevarlos a las más diversas modalidades del infortunio. Y si bien no podemos achacar siempre nuestros fracasos y nuestros desengaños a tan enigmático personaje, en más de una oportunidad se nos ha ocurrido, contra todos los argumentos de la razón y del sentido común, el absurdo de que él se introdujo o se introduce en el meollo de nuestro vivir.

En toda niñez, los juegos, las aventuras, las pequeñas o grandes incidencias cotidianas, las lecturas y los sueños del que entra en la vida invaden el continente ignoto de la "gente grande", con sus negocios, sus preocupaciones, sus asuntos propios. Es una mezcla extraña de dos planos o niveles separados, entre los cuales sólo los padres y algunos mayores afectuosos —los hermanos y quizás una tía o un ama— suelen servir, parcialmente y a ratos, en condición de intermediarios. ¿Cómo eran, en realidad, en ese período, mi casa y mi ciudad? Algo supe más tarde de los asuntos de nuestra familia y del rumbo general de las cosas políticas que, en nuestro caso, querían decir la política internacional peruano-chilena. Pero, ¿y el ambiente? ¿Las fiestas a las que iban los jóvenes de entonces, hoy gente muy envejecida o, en la mayor parte de los casos, difunta?, ¿La música, los libros, los versos que prefirieron? ¿Los vestidos que usaban?

Mis hermanas, sus amigas, toda la "gente grande" de la ciudad que yo conocía, seguían, inevitablemente, los gustos y aficiones de su época. En el piano, bello instrumento muy difundido entonces, en contraste con la época actual en que, por desgracia, pasó de moda, o en un primitivo fonógrafo, oí tocar los aires comunes a aquella generación. Eran, sobre todo, cantos del repertorio romántico español y sudamericano. Algunos hasta provenían de Chile, como el que se llamaba

(4) Sobre el "jorobadito" Walter Benjamín, *Ensayos escogidos*, Buenos Aires, "Sur", 1967 pág. 72. Hannah Arcndt, "Walter Benjamín", en *Eco*, Bogotá N° 149. setiembre de 1970.

"Río, Río", o sea que hasta el nivel del arte como en el de la cultura, si se toma como símbolo el libro de lectura de Abelardo Núñez, no alcanzaba el altivo e intransigente veto a los ocupantes de Tacna. Dicha melodía llegó hasta las generaciones más jóvenes, pues la volví a escuchar a unas muchachas chilenas cuando viajaba en un barco de Nueva York al Callao en 1950. Pero lo que, sin duda, representa a aquella época son los vales de las operetas vienasas. Recuerdo haber visto en mi casa las coloreadas cubiertas de sus partituras con el texto alemán. Así, en la pequeña y lejana Tacna, entre 1907 y 1912, como en Europa, *La viuda alegre* y otras obras de Franz Lehar y sus contemporáneos, seducían por su encanto internacional, rompían las barreras de los provincialismos y reflejaban, en cierto modo, todo un período. Expresaban ellas la ligereza, la banalidad, la confianza en la vida, no exenta de encanto, de los años que precedieron a la primera guerra mundial. Eran el símbolo de un mundo burgués que soñaba con los restaurantes o los teatros frívolos; de una época ingenua que se jactaba de un aparente cosmopolismo y, en realidad, rendía homenaje al dinero, herramienta decisiva para obtener las maravillas allí loadas.

Otra canción que escuché varios años en mi hogar y en vísperas del 25 de diciembre, tenía, seguramente, vieja procedencia española y decía inicialmente así:

*Esta noche es Noche Buena  
y mañana Navidad  
y nosotros nos iremos  
para no volver jamás.*

Erasmus en sus *Coloquios* expresó que cuando aspiraba el olor de una rosa, los recuerdos de la infancia volvían a su memoria. Alguien ha escrito, después de citar estas palabras, que, al abrir los viejos libros, el olor de ellos hace vivir de nuevo un período lejano de la vida, dentro de un momento difícil de ubicar, pero con una intensidad que, de otro modo, no hubiera tenido. Guardamos recuerdos fugitivos e inasibles en los que se juntan hechos sin coherencia hasta que, de pronto, un olor, una escena, una palabra, un objeto, despiertan de improviso el pasado personal de modo evidente. Pero él está salvaguardado, a veces, mejor por una melodía que, de pronto, reaparece con una penetrante y asombrosa exactitud, por una melodía de antaño que volvemos a escuchar ocasionalmente: el aire que tarareaba nuestra madre en la intimidad, la canción que alguna vez nos conmovió. Aquella música, en otras circunstancias, hubiera quedado sepultada para nosotros; pero el azar ordena que resulte uno de los dones más preciosos atesorado en nuestra memoria, Ciertamente es que podríamos haber dicho: vivimos en aquella casa, mi madre cantaba a veces en la cocina, escuchamos muchos acordes, quizás los más impresionantes para nosotros, los niños pequeños de Tacna, cuando provenían de bandas militares. Hubiéramos evocado los *hechos*, concretos o vagos en sí; y, sin embargo, esa visión íntima del pasado no llevaría plenamente toda su carga emocional. Los hechos allí están: son el esqueleto del pasado. Pero aquello que convierte mágicamente los hechos en nuestro "ayer", el recuerdo de lo que ya no volverá y por eso nos conmueve tanto, es el bien más inefable de todos, y se esconde en la música.

En aquellos, tiempos (en Tacna también por aquello que tiene la moda siempre de contagiosa aunque, felizmente, sin la rapidez y la prisa que han generado el servicio de los aviones y la propagación de la radio y el televisor) las mujeres preferían como colores favoritos el malva, el violeta, el rosa; y no se consideraba (la qué época tan distinta pertenecemos!) cosa elegante la delgadez o la flacura. Los vestidos femeninos, muy largos, debían ser usados con guantes también largos.



Ya habían llegado hasta nuestra ciudad, en sus toscos modelos iniciales, repito, el fonógrafo, el teléfono, la máquina de escribir, la bicicleta. Pero, en cambio, no vimos el automóvil que, con el motor de combustión interna, asimismo utilizado por el aeroplano, iba a hacer, y muy pronto, añicos a todo aquel modo de existir.

Salvo los incidentes ocasionados por el litigio peruano-chileno, la vida en Tacna tal como la recuerdo en mis años de infancia, se desenvolvía dentro de un ritmo sereno y acompasado. El primer toque del pito del tren de Arica, a las 8 y 15 de la mañana, servía para arreglar muchos relojes de la ciudad. Era un tren viejísimo, regido por una compañía inglesa en espléndido aislamiento y cuyo tráfico quienes habían ido a otros lugares consideraban un milagro: una pesada locomotora, crepitante y frágil, un furgón para las mercaderías y un coche para los viajeros. Diríase que, en cualquier momento, chirriante y como desperezando a los rieles enmohecidos, el convoy iba a sucumbir bajo el peso que soportaba; mas nunca dejó de llegar a su destino. Y al atardecer, el que de Arica venía, anunciaba puntual y triunfalmente su llegada a las 6 y 15 de la tarde y a las 6 y 30 ya estaba en la estación; y mucha gente iba a esperarlo, por no tener otra cosa que hacer.

Se sabía los nombres de gran parte de quienes caminaban por las aceras de las calles centrales, salvo que fueran las indias que llegaban de Tarata y otras regiones altas trayendo fruta, "chuño" y queso; o las de Cochabamba con sus altas botas negras, sus sombreros de paño y sus numerosas polleras multicolores y cuyos bailes del miércoles de ceniza en el barrio llamado "alto de Lima", eran famosos. Por las calzadas sin pavimentar, a veces inverosímilmente estrechas y no siempre rectas, trotaban los caballos de quince o veinte coches de alquiler; antaño las familias acomodadas habían tenido coches particulares pero de ellos sólo quedaba el recuerdo; y al servicio público pertenecían algunos de esos viejos cocheros, generalmente italianos, como ocurre con todos los inmigrantes tenaces subidos luego a niveles muy superiores. Nos conocían ellos por nuestros nombres y nosotros sabíamos perfectamente los suyos. En el verano, unas cuantas familias viajaban a Arica; si bien una versión popular afirmaba que no era sano estar allí en la época de entrada del río, en enero, porque la terciaria aumentaba al mezclarse el agua dulce y la salada. La residencia de otras familias, era, en la estación de calor, alguna quinta de Pocollay en el sector llamado Chorrillos. A Pocollay hacíanse periódicamente paseos, acontecimientos sociales que llevaban a las familias más lejos, hasta Peschay o Piedra Blanca.

El día de la Candelaria, en febrero, señalaba la fecha simbólica para la siembra del maravilloso zapallo que ya había madurado espléndidamente en julio. Los había de muchas clases: de planta, de carga que era grande y redondo, de gallinazo, de Mogollo y de Para. A una fecha anterior, fines de diciembre o principios de enero, correspondía la ciruela, simultánea con el damasco. Marzo y abril eran dueños del encanto de los duraznos. Los primeros recibían el nombre de "colorados"; pero allí también estaban los alinéate, los blancos, distintos a los blanquillos por su mayor tamaño, los aurimelos amarillos y albos, considerados como los mejores, los "carne de vaca". También a marzo pertenecían los melones entre los cuales destacábanse los llamados "cambray". Entre fines de marzo y comienzos de abril eran saboreadas las uvas con sus variedades la "ciruela", la "moscatel", la "blanca", la "negra", la "mollar" y la "tunibo", esta última de la sierra. Aunque no era cultivada en el valle de Tacna sino en el cercano de Locumba (que jamás llegó a ser ocupado por Chile) la vanidad local se ufanaba del pisco llamado "Italia Ward" cuya producción iba exportada íntegramente a Inglaterra por los señores Ward, dueños de este negocio. Decían los peritos que, después de beber tan exquisito licor, si los labios se aproximaban al vaso ya seco, todavía era dable percibir el olor y el sabor del jugo puro de uva.

El 8 de diciembre gozaba de la particularidad de traer el nacimiento de la primera breva; y a esta deliciosa fruta seguía el higo con su comida blanca o

roja. Antes de las brevas, venían las ciruelas conocidas como "Reina Claudia", "Santa Rosa", "japonesa", la negra con carne blanca, la blanca con carne negra y la adamascada o híbrida con el damasco, única en el mundo. Más o menos de marzo eran las peras, subdivididas en "canela", "palta", "de a libra", "colpa", "colorada" o peruana y 'pera perilla". En cambio, la "pera mota" venía en febrero.

Otras frutas deleitaban, además, al paladar lugareño. Allí estaba la guayaba de Calientes en invierno, oriunda de una zona donde hay unos deliciosos baños termales y donde podría construirse, repito, un hotel de turismo con anexos para el ejercicio del golf y del deporte ecuestre y, que, sin embargo, hállese hoy totalmente abandonada con unas chozas inmundas que sería vergonzoso ocupar. No deben ser olvidados aquí tampoco el membrillo, subdividido en "lúcuma" y "zonzo"; el paca; el granado accesible a cualquiera en los numerosos callejones; la frutilla; la mora oscura y delgada como un gusano; la espléndida naranja del valle de Azapa, en Arica, que hoy parece pertenecer a un mundo extraterrestre.

Desde abril hacíase la melcocha, la buena melcocha de antes con puro jugo de caña de azúcar mezclado con chancaca, nueces, cáscara de naranja y cocos, elaborada en la presencia misma del consumidor. Ahora dícese que han sido eliminados algunos de estos aditamentos y que se utilizan colorantes.

Pero en uno de mis viajes últimos, he creído encontrar en una callejuela lateral en la parte sur de la Alameda el mismo lugar a donde fui en mi infancia en más de una oportunidad, jubilosamente, a buscar esta golosina y en donde ella sigue elaborándose. Actualmente ya no está junto a enrevesados callejones sino en una zona hace poco tiempo urbanizada, sin olor, color ni sabor locales.

Cosas agradables podían tener no sólo origen campestre. Florecían también la pequeña industria doméstica, la primorosa e inexportable tradición familiar o local, el arte que se crea en poca cantidad, en ocasiones especiales, o para clientes selectos, o para consumo mínimo. Recuerdo siempre el alfajor moqueguano de vaporosa y arqueada pasta amarilla, con un miel color chocolate, que se vendía en las calles; las creaciones de la "Pitis", admirable mujer especialista en golosinas, cuya tienda estaba en la calle La Mar; y el pan llamado de "Saravia". con una harina más blanca que la de la "marraqueta" aún no perdida los variados "pecesitos", es decir los caramelitos típicos que eran obra de una francesa, esposa del comerciante chileno Jaramillo, residente en Tacna, según me dicen, hasta después de 1929; y el "chinchiví", precursora bebida gaseosa local.

Ni altos edificios, ni palacios señoriales, ni escudos solariegos, ni conventos o iglesias imponentes, ni balcones morunos, ni rejas lujosas, ni ruinas seculares habían en Tacna. La ciudad, pequeña en sentido horizontal, con sus diez mil habitantes, lo era también en la medida vertical: dos pisos a lo más y, casi siempre, un piso en las casas de bellos y típicos techos muchas veces en linda forma del mojinete que hoy, por desgracia, van desapareciendo y con las paredes de la calle pintadas de colores variados pero sin estridencias: amarillo púrpura, naranja o zapallo, verde lechuga. En las calles de admirable limpieza aún no del todo olvidada y cuya luz era de patio, según las palabras de Jorge Luís Borges al evocar a Montevideo, se solía respirar (y aquí no hay retórica) un olor a fruta y a flor. Cerca de muros o balcones, de verjas y patios, de glorietas y quintas florecían geranios, alhelíes, lirios, claveles, rosas, nardos, azucenas, jazmines, hortensias, heliotropos, juncos. Pero acaso, para un blasón evocador, habría habido que trasplantar de la ciudad la buganvilla y de la campiña la humilde y omnipresente retama. Y en cuanto a los árboles, era indudable que tenían una calidad representativa la vilca y el molle, aunque este último se ha esparcido por todo el Perú como pidiendo que lo reconozcan como árbol nacional. Por otra parte, el granado, con el que tantas veces tropezábamos, circunda, asimismo, doblemente, al recuerdo y a la nostalgia.

Muy cerca de la ciudad, cercándola, había vastas zonas desérticas donde la tierra semejaba la pelleja de un tambor guerrero. Otras veces podía parecer que caminar por allí, tan cerca de la acogedora atmósfera urbana, era navegar por un mar de llanuras o de colinas cenicientas, en el que no se podía divisar ni siquiera los barcos desmantelados de unas míseras chozas.

El recorrido en tren desde Tacna hasta Arica, que nunca hice de niño sino el día en que melancólicamente partí y lo volví a emprender muchos años después ya de lejos de la adolescencia, en 1925 y 1926. Rodeado de peligros y esperanzas, daba sobrecogedora impresión. El viajero tropezaba con las dunas cercadas por una asamblea de cerros, entre los cuales los de más atrás, los gigantescos, llevan como diadema su blancura de nieve en la cabeza. Los rieles y los postes telefónicos eran la única señal de vida y de triunfo sobre la desolación en aquellos parajes. Los lechos secos de ríos perdidos durante siglos parecen gigantescas tumbas custodiadas irrisoriamente, como si fuera centinelas enanos, por unos cuantos tallos, de espontánea vegetación y que se mueren de sed. Cuando, después de pasar por la casa o estación llamada Hospicio, donde hay una corriente subterránea de agua después de cuatro interminables horas en aquella época) la línea ancha del océano iba reduciéndose y acercándose y se divisaban la bahía, el morro, las casas de puerto y el mar con sus incontables, largas y persistentes olas jorobadas, era irreprimible el alivio como sale de lo que podía parecer un mal sueño si no estuviese inmutable ese paisaje allí y en tantas otras vastas zonas de la comarca.

Las aguas vertidas desde los nevados del Tacora, el Barroso y el Chiquiña y recogidas por el río Caplina en las quebradas de Toquela y Arcos, forman el valle de Tacna con su tierra buena, esponjosa, blanda, fecunda, agradecida. Apenas son hilos de agua que se esparcen en un abanico de acequias por entre las pequeñas chacras cultivadas dentro de horas exactas con el esmero y el primor de una artesanía artística según el orden, fijado desde antes de los Incas, a través de minúsculas áreas o pagos avaramente medidos en Pachía, Calaña, Piedra Blanca, Pocollay, o Peschay. A lo largo del tiempo, el latifundio, como la gran producción industrial, resultaron imposibles por todo ello; y los pequeños agricultores, dueños de lo suyo, diéronse el lujo de tener, dentro de su pobreza, comodidades mínimas, saber leer y escribir, ser independientes y amar a la patria.

Aunque con una jerarquía netamente urbana y un aire de innato señorío que una civilidad sencilla hacía resaltar y no disminuir, Tacna de mis primeros años vivía muy cerca del paisaje rural y, en algunos sitios, entraba oronda en él como si lo hubiese incorporado a su predio. Al mismo tiempo, recibía constantemente la visita o el mensaje de la campiña. La Alameda era una invasión comedida y cortés de ella. Se venía entonces caminando la arboleda desde el mercado que los tacneños llamaban "recova" y se alineaba, elegante, entre la doble hilera de casas que hacían guardia al río, núcleo de aquel paisaje magnífico. Tan auténtica es esta fraternidad que, en la época contemporánea, la Alameda se ha desarrollado mucho en la dirección norte, con desmedro del ámbito tradicional y no es posible ya ubicar los límites de antaño. Las casas eran, a veces, las bellísimas quintas tacneñas, maternales en lo que resultaban acogedoras; o moradas discretas en su extensión aunque llenas del encanto de una arquitectura que espontáneamente, sin cátedras ni manuales de urbanismo, supo hacer creaciones encantadoras y típicas. Más de una ostentaba el blasón de haber resistido temblores y terremotos. Hoy un lamentable a la vez que inevitable afán de imitar, ha hecho que se vayan multiplicando al lado de algunas residencias magníficas surgidas sobre todo en la parte moderna, fachadas anónimas aunque pretenciosas dignas de pertenecer a los barrios de Jesús María o de Lince en la capital y no pocas

tiendas, algunas de ellas invasoras de viejas casonas, Pero esta "destacneñización" de Tacna ayudada por la indiferencia municipal y la del Instituto de Cultura limeño, aún no ha logrado su final victoria y quedan reductos impertérritos de la autenticidad y del buen gusto, a veces no incompatibles con una digna pobreza.

A pesar de todo, no son muchas las urbes en el mundo con un lugar de residencia y de caminata con las características de anchura, longitud, uniformidad en el trazo y el encanto de la Alameda. Ante ella no caben ni el olvido ni el desdén del viajero más cosmopolita (5)

En la Tacna de mis recuerdos a veces no se sabía dónde terminaba la campiña y dónde empezaba la ciudad. Al avanzar por una calle, tropezábamos inesperadamente con un rincón ungido por la soledad rústica; y, en pleno centro, irrumpía de pronto el verdor campesino de una huerta, un jardín o una placita florida. La ciudad le daba al campo su lección de buenas costumbres mediante la belleza y la pulcritud de los caminitos bordeados por cercos floridos, así como a través de la parcelación geométrica de la propiedad. El campo, eterno maestro de la vida, ofrecía, en retorno, al micro universo ciudadano, una atmósfera de sencilla, casi infantil hermosura.

En Lima el rincón que más se parece a la Alameda tacneña es la de los Descalzos. Bello exponente, sin duda, de gracia y señorío cortesanos. Sin embargo, esta ancha y enrejada vía hállase al margen de la actividad y el bullicio cotidianos; y, en nuestra época, quienes la recorren parecen fantasmas. Además, estuvo siempre divorciada del Rímac que, a lo lejos, pasa, como un extranjero, en un sentido transversal a ella. Por el contrario, nuestra Alameda originase precisamente gracias al avance audaz del "valle viejo" por entre el poblado. Al valle le roba su tesoro esencial: el río. Es el Caplina, ínfimo caudal de agua que, orondo, llega después de cumplir, gracias a la centenaria sabiduría de los chacareros indígenas, el milagro de las siembras y de las cosechas a través de numerosas generaciones. Ingresa él, como si fuese un huésped ilustre, al centro de la Alameda desde donde ella empieza hasta su final.

Tal como lo contemplé en mis primeros años, avanzaba descubierto con dos acequias laterales. La corriente central fluía grácilmente. Las riberas estaban muy lejos de hallarse distantes como almenas enemigas. Entre ellas, no había puentes monumentales que se agarrasen desesperadamente con sus manos de piedra. El Caplina era fácil de atravesar con una pirueta, bondadoso gran señor con el que los niños jugábamos en cualquier momento, como si él fuese tan infantil como nosotros. Mediante ágiles saltos, era posible ir de uno a otro lado de sus orillas. No faltaba el sarcasmo en los labios de los extraños frente a este liliputiense congénere del Amazonas. ¡Un río dócil y que, por añadidura, sólo tiene agua unos cuantos días de la semana. Pero la verdad es que la corriente, enana se comporta como una gran arteria que vivifica toda la región. Desángrase íntegramente, una y otra vez, en ofrenda del paisaje. Gracias a su ímpetu, la tierra se fertiliza y concibe. El río diminuto y revoltoso es querido como si se adivinara que un corazón late bajo su pecho cristalino. Cuando, jovenzuelos, íbamos a la recova o a una casa amiga de la Alameda, la transparencia y el frescor de la mañana parecían emerger de

(5) Se ha repetido por los historiadores que la Alameda fue obra del prefecto Manuel de Mendiburu, con la canalización del río Caplina. Parece que se inició antes de él. Sin embargo, léese en el folleto de Belisario Gómez *El Coloniaje* (Tacna, Imprenta de "El Porvenir" por José Huidobro Molina, 1861): "La Alameda regalada por el Sr. Carrillo (se refiere al gran benefactor de Tacna Camilo Carrillo cuyo obsequio efectuóse en diciembre de 1833) ya no existe: la columna (en homenaje a Francisco Antonio de Zela) fue trasladada hacia el Oriente de la nueva pintoresca Alameda debido a los esfuerzos del Sr. Gral. D. Juan Antonio Pezet, prefecto del departamento en esa época y hoy 2° Vice Presidente de la República" (pág. 44) Pezet debió concluir la obra de Mendiburu.

la linfa. Los chilenos lo cubrieron y ocultaron para hacer a la Alameda lisa y llana. Fue el único gran acto costoso en beneficio de Tacna a lo largo del régimen entre 1881 y 1929. Pero lo que pareció una muestra de cultura y progreso, era contrario a la tradición y a la estética. Los viejos tacneños rezongaban: "Estaba mejor la Alameda antes" Las nuevas generaciones ya se olvidaron de eso, como de muchas otras cosas típicas. También eliminaron los ocupantes, los sauces de las acequias y las acacias del centro y los reemplazaron desde 1916 por las palmeras de los costados, a las que vimos todavía niñas y frágiles en los días del plebiscito. La memoria traicionera impide hacer comparaciones exactas entre ambas viñetas: la nebulosa del ayer y la prístina de la actualidad. Y aunque la fiereza chauvinista de algún munícipe en los comienzos de la segunda época peruana quiso eliminar a las palmeras como símbolos de la chilenización, allí se han que dado ellas como si hubiesen decidido firmar una inexpirable carta de ciudadanía en la Alameda.

Ofrece ella el atractivo de la alegría sana de la vida, del aire libre, del panorama distante de los cerros que, con la nieve al fondo, encierran al valle. A los tacneños nadie les ha enseñado la belleza inefable de pasear por gusto sistemáticamente en la Alameda rodeados por el jubiloso frescor de la mañana, o en la calma filosófica del amanecer, o en la soledad de la noche que allá no es todavía peligrosa. El tráfico, cada vez más intenso y rudo, los llamativos avisos comerciales al lado de las aceras, uniformes en su mal gusto; y la presencia de los vendedores de escudos chilenos, en acecho de quienes intentan el contrabando con Arica no han logrado aún en los días actuales quitar su poesía a este fácil entretenimiento en una ciudad donde él no abunda.

El parque final contrasta con la clásica geometría de la Alameda en sus sectores alto y medio. Aparecen glorietas, fuentes y bancas colocadas en forma irregular. Júntanse indiscriminadamente alcornoques o árboles del corcho, vilcas, pinos, alisos, molles, cipreses, laureles rojos y blancos con sus flores en ramillete y otras variedades del mundo vegetal cuyo desorden no perturba. Este parque originalísimo acogió en tardes soñadoras nuestras confidencias Cías más fueron a los veintidós años; y quizás sentimos la angustia de alguna ilusión demasiado bella en la prosaica compañía de esos cactus aparentemente secos, cuyo jugo usan, sin embargo, los mexicanos para fabricar el pulque.

Y en una de las residencias de allá al final de la Alameda, quisiéramos pasar los últimos días de nuestra vida y, rodeados por este paisaje, cerrar los ojos para siempre.

A pesar de todas las grandezas que hemos visto en otras ciudades y en otros paisajes, para nosotros, pobres, humildes, nuestra ciudad chiquita y desventurada y la tierra árida que la circunda nos hacen agolpar, a pesar de todo, una extraña sensación en la garganta, nos hacen latir el pulso más aprisa, nos enriquecen con algo que no puede expresarse en palabras, nos infunden alegrías que podrían parecer primitivas y penas que, más allá de los años, desbordan el corazón. Emanan del terruño familiar y no pueden ser descritas ni olvidadas. Aunque estamos presos en la cárcel de la mortalidad y sin desmedro de nuestra autonomía, de nuestra soledad y de los diversos vínculos que por afecto, deber, azar, capricho o elección madura podamos tener, él hizo que, inevitablemente, seamos acordes, a veces disonantes, dentro de una larga y aún inconclusa sinfonía, brochazos leves en un cuadro panorámico, gotas fugaces inmersas en una corriente que, a pesar de

todo, nos une por hilos de sangre en cuyas esencias hay algo del aire, el agua, la luz o el alimento comunes; y corre, a través del tiempo inconmensurable, por canales más angostos que las acequias parcas de aquellas chacras pródigas.

Los vagos y dispersos retazos de la fisonomía del ambiente se confunden con impresiones obtenidas posteriormente y, como ya he indicado, con la memoria de rasgos o episodios estrictamente familiares o personales que, precisamente, por eso, no van a ser tratados aquí. Una de las casas, por ejemplo, que más impresión ha dejado en mi memoria, está situada todavía en la Alameda. Dicha mansión era una quinta a la que hemos debido ir habitualmente. En la huerta sentía yo la voluptuosidad de coger sabrosas frutas de los árboles mismos. Lo que me dejó una impresión que no puedo olvidar fueron las salas de esa entonces vacía residencia, adornadas por finos objetos que evidenciaban una lejana y elegante prosperidad. Detrás de vitrinas y aparadores se alineaban figurillas de porcelana, cristal, marfil y piedras preciosas que, junto con las alfombras, los jarrones, las lámparas, los muebles, sin duda llegadas de Europa, exhalaban, pese a su calidad superior, el triste perfume de las cosas guardadas. ¡Cuántas reuniones o saraos, o tertulias pudo haber habido antes en esa vieja y atractiva casa! Nadie la habitaba entonces. La propietaria, doña María Tinajas de Bockeham, madrina y casi una segunda madre para mi madre, habíase ido a Inglaterra.

Este fragmento de mis recuerdos de infancia carecería de importancia si no sospechase que aquí hubo como un presentimiento de lo que, ya en la madurez y en el crepúsculo de la vida, me ha sido dable ver con máxima lucidez: la inexorable huella del tiempo silenciando lo que en un momento fue vocinglero, deteniendo lo que tuvo la espléndida palpitación de la vida, marchitando lo que un día lució lozano y arrogante como si confiara en su excepcional inmortalidad. Más que en el cementerio, de donde emana la sensación siempre fría o lúgubre de algo separado y distante, allí, en el silencio tibio de la quinta de la Alameda, encontré acaso la primera muestra de la fugacidad de las cosas humanas. Lo mismo que le ocurrió a ese inmueble, le sucedería después a nuestro hogar y a otros que en mi infancia vi con todos los atributos de la plena existencia; porque también las cosas envejecen y mueren. Y en el fondo, ¿qué es la historia sino un patético afán de hurgar en las tumbas, un ademán solemne e iluso de querer detener el tiempo; un esfuerzo vano, de encontrar, revivir y comprender algunas de las huellas de ese tránsito y relacionarlas con nosotros mismos, ya no en lo que atañe a unos cuantos individuos o familias, sino a los pueblos y a las civilizaciones?

Y así mi niñez se compone, como todas, de momentos que parecieron sin consecuencia y se alojaron en el recuerdo y en el subsuelo abisal; de hecho que la casualidad impregnó de un especial aroma; de episodios con la semilla de la alegría y la tristeza de la vida, más importantes, a la larga, que lo solemne o lo ruidoso. Los rostros de los seres queridos que estaban cerca al dormir y al despertarnos; el gotear del agua en la "destiladera"; el paisaje esfumado por la niebla del invierno o "camanchaca" como si le mirase a través de un cristal empañado; los techos convexos de las viejas y acogedoras construcciones lugareñas; el sol que, de algún modo, no faltaba ningún día del año; el sano frío serrano de las noches; la perspectiva malva de las cordilleras distantes presididas por la pirámide nevada del Tacora, frente a la ciudad y el valle; el paso prusiano de los soldados chilenos con sus decorativos uniformes y sus rítmicos desfiles perfectos por la plaza, ante nuestro hogar, el 18 de setiembre; las retetas vespertinas que a pesar de todo, nos atraían hacia la banda marcial; nuestros juegos por los rincones polvorientos de la Catedral inconclusa; la acogida cálida en casas amigas como en la de mi madrina, doña

Josefa Bilbao de Salkeld, junto a cuyo recuerdo grato está el de su esposo, Enrique Salkeld, que, erecto no obstante su cojera, agitando el bastón, por él usado cotidianamente, nos recibía siempre con bromas cuya cáscara de severidad era deshecha por expresiones bondadosas intensificadas gracias a una voz sonora, más notable por la calidad de sus poblados bigotes blancos y sus vivarachos ojos azules; rostros innumerables ya desaparecidos; voces que se esfumaron; la luz del día apagada; las risas y las lágrimas que allá dejamos; la calidad, alta, triste, remota de los atardeceres con su flora de colores ocre, cárdeno, azul, rosa o lila invitando a la poesía y a la pintura dentro de su reposo clásico y su dignidad, ellos sí, incommovibles; la tierra muda y silenciosa que, sin embargo, parecía acariciarnos en su vastedad impenetrable y en sus rincones preferidos, en su riqueza y en su pobreza, en su misterio eterno y en su familiaridad profunda, dejándonos en la memoria una huella encantada, indeleble.

Sentirse enraizado en la tierra propia es, acaso, el mejor privilegio que un niño puede alcanzar. Si el terruño posee belleza y personalidad, le ha de estampar, sin que de ello se dé cuenta, ese sentido de compenetración con el mundo físico circundante que es el más humilde y el más feliz de los dones otorgados por la vida. Y aquella lección será un tónico cuando llegan las crisis de identidad juvenil y de la mayor edad. Por eso, ahondar en los recuerdos de la época primera, ubicados en el rincón al que el destino nos arrojó, es ir mucho más lejos y más hondamente que cualquier palabra, lo cual es evidente como resultado del hecho incontestable de que, en la tarea diaria, cada una de ellas implica una vana respuesta intelectual frente a lo insalvable. Dichos recuerdos jamás están circunscritos únicamente a personas, cosas o sucesos dulces. Hállanse uncidos también, inevitablemente, a lo prosaico, a lo triste, a lo violento, o a lo sucio. Pero las cosas que, en su hora, fueron negativas o nocturnas, con el tiempo resultan interesantes o estimulantes tal como fueron las cosas bellas; porque ostentaron el privilegio de haberse incrustado en nuestra vida y en sus contornos.

## ***II Los niños de hoy y los de antes. La juventud frente a la madurez.***

Hoy los niños forman la vanguardia de la futurología, la avanzada tecnológica, bombardeados por la televisión y por los sonidos estereofónicos, rodeados por realidades que se derrumban o que se cuestionan. La nuestra es una época dentro de la que los crímenes por menores de edad o adolescentes no son ocasionales sino epidémicos; donde las barreras de la conducta hállanse agrietadas o deshechas; donde las palabras en las escuelas y en los sitios de recreo tienen a veces un cinismo increíble y en los países supuestamente más civilizados se enseña acerca de los daños ecológicos de la explosión demográfica, sin necesidad de que los alumnos tengan la mayoría de edad. No faltan las parejas estériles que manifiestan estar contentas de vivir así o las que limitan la procreación en desafío a Paulo VI. Abundan los hijos que, ya conscientes, no desean estar mucho tiempo al lado de sus padres y sus madres. Estos, a su vez, tienden a mirarse a sí mismos o a orientar sus conductas como individuos libres más que como progenitores reclusos. Hay un éxodo de las madres, que se escapan del hogar para trabajar o para vivir sus propias existencias con la angustia de seguir sintiéndose jóvenes. Los índices de los divorcios crecen. En los salones de clase percíbese mucho más agitación y menos uniformidad que pocos años atrás. Es un hecho que las nuevas generaciones despiertan más pronto, incluso desde el punto de vista sexual; son más independientes en su pensar y en su sentir y hasta, a su modo, pueden ser clasificadas como más vivas, más lúcidas y en cierto sentido, más capaces que las anteriores.

Me clasifico, en cambio, como sobreviviente de una generación que vivió en el mundo de una infancia y de una adolescencia totalmente opuesta. Y así me emociono ante estos versos de W. H. Auden sobre la época:

*Cuando se podía mirar al futuro  
como un ya denominado y sólido paisaje,  
los hijos  
podían tener el mismo sentido de las cosas  
que el de sus padres  
y reír y llorar ante  
los mismos cuentos (6)*

No pretendo jactarme de que el nuestro fue un hogar modelo. Apenas si fue un hogar muy unido y muy sólido, como era habitual en una vieja familia de provincia a comienzos del siglo actual, acaso más ligada entre sí por la situación en que Tacna vivía.

Mientras somos niños, y luego en la adolescencia y en la primera juventud, anhelamos crecer, madurar. Nos gustaría llegar a la condición de adultos y así vivir al lado de los seres queridos o admirados a quienes sólo pudimos contemplar desde un plano inferior. Pero nuestra ilusión quiere que, para ese entonces, ellos sigan tal cual los vieron nuestros ojos primerizos. Resulta, sin embargo, que la vida, implacablemente, nos desarrolla; pero, al mismo tiempo, aquellas personas envejecen o mueren. Todo el universo al que ingresamos en la edad adulta es distinto y, a veces, opuesto en relación con aquel que cobijó nuestros primeros años. Rostros, figuras y mentes que vimos lozanas suelen desaparecer para siempre. Ante los primeros fallecimientos que acontecen a nuestro alrededor, feroces hachazos golpean a nuestras almas sorprendidas y rebeldes. Poco a poco, al llegar sucesivos episodios análogos, nos es posible, de una manera u otra, acostumbrarnos. Surge como una aceptación fatalista ante lo inevitable, que si no enjuga nuestra pena, al menos la encarrila. Es como si supiéramos que un invisible tirador dispara implacable cada día, que todos nos encontramos juntos en las trincheras más y más enlodadas de una guerra permanente y que cualquiera puede recibir en cualquier minuto el balazo mortífero día a día más inminente. Otras veces presenciamos la transformación de nuestros familiares y amigos. Guardábamos de ellos imágenes alegres y sanas; y de pronto se exhiben como si terremotos interiores los hubieran sacudido para conducirlos a otros periodos geológicos mientras caricaturistas satánicos deformaban aquellas esbeltas figuras.

Este fenómeno se hace más deprimente cuando transcurre mucho tiempo de separación hasta los nuevos encuentros con esas personas. A su vez, ellas, sin duda, piensan lo mismo en lo que a nosotros atañe. Quienes hemos dedicado largos años a la enseñanza hemos encontrado alguna vez a un viejecito que, con paso vacilante, avanzó para decirnos: "¡Maestro! Cuánto tiempo sin vernos" Y no sabemos quién es aquel amigo generoso y senil, de mucho menor edad que la nuestra.

Al mismo tiempo, contemplamos, infortunadamente desde lejos, cada día, frescos, arrogantes, ambiciosos, como quizás lo fuimos en el pasado, a los hombres jóvenes y a las mujeres jóvenes de esta época,

(6) W. H. Auden *Epístole lo a Godson*, New York, Randow House, 1972.

dotados con los privilegios formidables derivados de la libertad, la franqueza y la espontaneidad mucho mayores imposibles de comparar con la vida de antaño; abiertas para ellos ventajas que jamás nos fueron



otorgadas. Y aunque caigan, a veces, en excesos y en destemplanzas, los envidiamos con una sana envidia, porque a pesar de todo su mundo será mejor. He aquí, en suma, la tristeza y la esperanza más hondas de la vejez.

### ***III Sombras de muertos. Los Ara, Españoles, chilenos, colombianos, irlandeses, indígenas. Tacneños.***

El recuerdo de los antepasados trata de infundir un contorno legítimo a la autoridad y a lo que se llama "status", fenómeno muy visible en las más variadas épocas de la historia con notorias tendencias a la falsificación. Esto, paradójicamente, se acentúa cuando nuevos grupos llegan a competir con la antigua aristocracia o cuando surge los llamados "nuevos ricos". A veces, y así sucede en Estados Unidos, ellos también buscan muy seriamente sus blasones más allá de los peregrinos del *Mayflower*. Y ocurre en aquel país algo reversivo: los mormones, en vez de que, por medio del pasado, otorguen honor y autoridad al presente, buscan la verdad genealógica para exaltar a sus muertos a través de un bautismo retrospectivo. En ninguna parte de Norte América la genealogía es más valiosa que en Salt Lake City, donde los documentos familiares son preservados con el mismo celo que se otorgó a las momias de los Faraones; se les guarda en el fondo de cavernas rocosas, inmunes frente a un eventual ataque con bombas atómicas.

A pesar de todo, reconozco que las investigaciones genealógicas auténticas pueden ofrecer utilidad para los estudios históricos nacionales y locales y de demografía.

No ignoro que en nuestro tiempo y, con mayor fuerza, en los años futuros, valores provenientes del trabajo del talento y del poder político arrinconan y arrinconarán todavía más el respeto a la herencia o al nombre. Sin embargo, hay algo de cierto en quienes creen que si se evoca la vida de los antepasados, por encima de frívolas vanidades o torpes engaños, es dable observar en ella, mejor que en cualquier otro dominio, la prolongación de nuestra breve existencia en el ámbito más vasto de la especie. Así se explica que según Goethe, el hombre pueda concebirse como un "ser colectivo".

Y, lejos de cualquier alarde, señalo que nuestra familia puede jactarse de un complejo abolengo peruano republicano con vertientes emanadas de los más diversos y hasta antagónicos orígenes. Es el mismo caso de gran cantidad de gente en nuestro Perú.

El cacicazgo mayor de Tacna, entre 1535, año de la llegada de los españoles, hasta la Independencia perteneció a una sola familia que tomó los apellidos siguientes: Catari, Caqui, Quea, Ara. A Diego Catari, contemporáneo de Pedro Pizarro, el cronista, primer encomendero de Tacna, padre de Martín Pizarro, sucedió su hijo Diego Caqui. El patrimonio de éste incluyó gran número de cepas de viña, una bodega para elaborar vino, una recua de llamas para el transporte de esta producción al Alto Perú, huertas y sembríos en distintos lugares del valle y dos fragatas y una balandra para la navegación entre Arica y el Callao.

En el "Testimonio de los autos seguidos en el año de 1728 para comprobar que don Pedro Ara es descendiente legítimo de don Diego Caqui" está incluido el documento suscrito el 18 de abril de 1588, que

expresa la última voluntad de él, "principal de este repartimiento del pueblo de San Pedro de Tacna", encomienda de don Martín Pizarro (7). Pidió Diego ser enterrado en la iglesia de dicho pueblo "junto a la peaña del altar de Nuestra Señora". Por su alma debía decirse misa vigiliada de cuerpo presente con sus responsos y una misa cantada con sus vigili- lias y las ofrendas de cuatro botijas de vino y la cera que pareciese conveniente y también de varias fanegas de trigo y cuatro carneros de Castilla. A todo lo ya mencionado agregó sesenta misas de "réquiem" por su alma y, además, cincuenta misas de réquiem por ella y por las de sus padres difuntos en el monasterio de San Francisco de Arequipa y veinte en la iglesia de Nuestra Señora de Copacabana, ubicada en el Alto Perú. Diego Caqui reconoció que dejaba numerosas obligaciones a sus herederos. A Andrés de Poruñera, carpintero de Rivera, no había cumplido con abonarle dos mil y tantos pesos corrientes por obras hechas en sus "barcos y fragatas". Otras deudas aludían a las siguientes especies: harina, trigo y vino vendidos en Potosí; plata recibida de aquel asiento mineral; hechuras del platero Juan Chunvilca; ropa; cestos de ají encestados y empuyados. Además le faltaba hacer diversos abonos a la Iglesia, incluyendo la correspondiente a la sepultura de un carpintero. La forma de efectuar los pagos respectivos era mediante entregas en dinero o en ají. Estas referencias del testamento de Diego Caqui hacen pensar en la toponimia de la palabra con que se denomina a un río de enorme importancia para la vida de Tacna durante siglos, el Uchusuma. *Uchú* significa ají y *sumaq* o suma quiere decir excelso, bello. El nombre identifica, pues, a un río en cuyas márgenes o vecindad era sembrado y cosechado una especie de ají de primera calidad.

En cambio, deudores de Diego tenían que pagarle, entre otras especies, cien carneros de la tierra y cien cabras portadoras de mercadería de Castilla. Sus cuantiosos bienes incluyeron diversas tierras con plantíos de viñas, quinua, trigo y maíz, cien ovejas de vientre de la tierra, un solar de su casa y aposento, varios objetos de plata, entre ellos una trompeta, todos marcados, un esclavo llamado Antón y varias cosas más.

Casado y velado con Inés Ecurra, Diego dejó dos hijos legítimos: Diego Ara y Pedro Quea. Además mencionó en su testamento a ocho hijos naturales: Pedro Cata, Lázaro Lanchipa, Rodrigo Ccapac, Juan Cocha, Alvaro Hulinique, Pablo Juan Lanchipa, Pedro Alo Capac y Martín Quea. A éstos les dio como herencia las dos tercias partes del fruto de la hacienda Para, viña que tenía más de treinta mil plantas. Reconoció también a varias hijas naturales y les otorgó privilegios derivados de la viña de Tocuco. Lo que produjera esa viña debía ser entregado por un año a todos los indios e indias del repartimiento, excepto los de Codpa, con el fin de que abonaran sus tributos y, además, para lo que ellos quisiesen.

Cuando falleció Diego Caqui en 1588, le sucedió como "principal del repartimiento" su hijo Diego Ara, quien tuvo sólo un hijo de matrimonio, Quedó él huérfano a los seis años de edad. Asumió el cacicazgo su tío Pedro Quea y lo retuvo hasta fallecer. Mientras tanto, el legítimo heredero, llamado Diego como su padre, era desposeído de sus bienes, maltratado y vivía en tal desamparo que solicitaba limosnas. Encontró el joven Diego un protector, cuyo nombre no se menciona y fue llevado por él

(7) Las referencias hechas aquí en torno a la familia Ara han sido tomadas de los títulos de la hacienda Para, que, en dos volúmenes encuadernados, guarda el Dr. Guillermo Gubbins Forero.

a Potosí. A la muerte de este hombre generoso, Diego Ara contaba más de veinte años de edad y los principales del pueblo de Tacna, sabedores de su existencia, le mandaron decir con los indios que viajaban frecuentemente a Potosí como peones en las recuas de dicha villa, que, siendo el legítimo heredero del cacicazgo, debía volver y reclamar sus derechos usurpados. Y así, el primer domingo después de su llegada a Tacna y estando la iglesia llena, por ser también el día de la doctrina, cuando acabó la misa, todos los principales del pueblo, indios y viejos y el resto de la gente se levantaron y abrazándole le aclamaron como legítimo y verdadero cacique. El usurpador Pedro Quea, había dejado una hija sola a la cual, mediante la violencia, un cura había casado con un indio chontal.

Como a Diego Ara faltábanle recursos para su demanda contra este farsante, entre todos los hijos de los viejos lo ayudaron y así fue el pleito a la Audiencia de Lima, donde, habiéndose probado pertenecerle el cacicazgo, fue despachada una provisión a los oficiales reales para que éstos se la intimasen al corregidor, con pena de mil pesos de buen oro, para que diera a Diego posesión del cacicazgo, como en realidad ocurrió. He aquí un lejano episodio, que concuerda con el espíritu de la gente de Tacna en épocas posteriores.

A Diego Ara le sucedieron su hijo Pedro y su nieto Carlos, este último casado dos veces y con hijos en ambos matrimonios. Después del fallecimiento de su hermano Santiago, heredó el cacicazgo Toribio Ara, cuyos derechos en la función de gobernador y representante de los indios de Tacna le fueron reconocidos por la Real Audiencia de Lima el 31 de agosto de 1802 (8). Se le expidió el título respectivo con fecha 2 de setiembre de 1802. Del matrimonio de Toribio con María Robles, natural de Chuquisaca que no aportó bienes a la familia, sobrevivieron Manuela, Antonia y José Rosa Ara y Robles.

Padre e hijo, José Rosa en 1811 y Toribio en 1813, colaboraron eficazmente en las sublevaciones independentistas de Tacna, lo mismo que el cacique de Tarata Ramón Copaja.

El decreto expedido por Bolívar en el Cuzco el 4 de julio de 1825 extinguió el título y la autoridad de los caciques; encargó a las autoridades locales el ejercicio de las funciones por ellas ejercidas; y agregó: "Los antiguos caciques deberán ser tratados por las autoridades de la República como ciudadanos dignos de consideración en todo lo que no perjudique a los derechos e intereses de los demás ciudadanos (9).

Los beneficios anexos a los cacicazgos en lo que atañe al patrimonio que en repartimiento se les hubiese asignado, no quedaron afectados. Fue así cómo Toribio Ara dejó de ser cacique, pero siguió en la condición de propietario de las tierras trasmisibles a sus hijos.

(8) Gracias a una información de Carlos Alberto González Marín he podido consultar los manuscritos que, adquiridos después de mi época, guarda la Biblioteca Nacional sobre las denuncias de Toribio Ara "cacique principal y gobernador de los naturales" contra los abusos del Subdelegado español Tomás de Menocal y algunos secuaces entre los que estuvieron su esposa y su suegra y los funcionarios menores a él obedientes. Menocal trató de impedir el ingreso de Toribio a la "posesión justa y debida del cacicazgo como legítimo sucesor con justo título y buena fe desde mis progenitores abuelos, mis padres, mis hermanos que lo poseyeron quieta y pacíficamente el espacio de un siglo". Además, trató de despojarlo de sus bienes y de quitarle la mita de agua que correspondía a sus tierras los días jueves en beneficio propio. Hacia marzo de 1793 lo mantuvo preso e incomunicado en la cárcel. Toribio denunció enérgica y reiteradamente los múltiples abusos cometidos no sólo contra él sino contra todo el pueblo ante el Intendente de Arequipa, Alvarez Jiménez. Este ordenó el 11 de abril de 1793 al Fundidor Francisco Antonio de Zela, recién llegado al pueblo, que libertara a Toribio y pusiese remedio a la opresión denunciada. El expediente de la Biblioteca Nacional está incompleto. Nótese la diferencia de fechas entre lo afirmado por Toribio y la que indican los títulos de la hacienda Para reproducidos en el texto del presente ensayo, González Marín considera que las tenaces protestas de Toribio pueden ser calificadas como el primer documento que antecede a la revolución de Zela en 1811 en la que participó activamente José Rosa, hijo de Toribio.

(9) *Gaceta de Gobierno de Lima*, Núm. 16, Tomo 8, 25 de agosto de 1825

En su testamento dejó constancia de que José Rosa no había sido leal en el manejo del patrimonio familiar. Por esa razón favoreció a sus hijas, Antonia y Manuela, si bien ordenó a ambas que por hallarse José Rosa cargado de familia, lo atendieran (10).

Falleció Toribio en Tacna el 22 de marzo de 1831. Vino en seguida un litigio judicial. José Rosa planteó la nulidad del testamento como titular del mayorazgo. La sentencia de segunda instancia expedida en Tacna el 15 de noviembre de 1859 diferenció expresamente las dos instituciones, el mayorazgo y el cacicazgo; o sea otorgó vigencia al testamento de Toribio.

Al comparar los documentos de la familia, aquí mencionados, nótase una visible reducción del patrimonio de los Ara a lo largo de los años, si bien Carlos en el que suscribió el 6 de enero de 1784 mencionó no ya uno sino tres esclavos, dos negros y un zambo; y pidió que, en beneficio de este último, se abonara lo que costase su libertad. A comienzos del siglo XIX, de todos los inmuebles señalados por Diego Caqui en 1723, el único de verdadera importancia era la hacienda Para, que en la época de Carlos albergaba cultivos de maíz y de ají, diez y ocho cabezas de ganado vacuno, catorce terneras, cuatro ovejas y dos borreguillos. El Reglamento de Aguas para Tacna expedido el 16 de agosto de 1755 por el Corregidor y Justicia Mayor Dionisio López de la Barrera y aprobado por el Virrey Manuel de Amat el 26 de agosto de 1774, concedió a Pedro Ara el uso de ellas los días jueves desde que a la luz del alba se pudiera leer una carta hasta que las sombras de la noche hicieran imposible esa lectura. Dicho privilegio fue ratificado por resolución judicial el 14 de junio de 1845.

Con prescindencia de las ramas en que se dividió la familia Ara, interesa aquí decir que Manuela Ara y Robles, hija de Toribio, fue esposa del coronel del ejército libertador colombiano Manuel María Forero.

A través de los apellidos chilenos Izarnótegui y Rosales a los que se enlazó por su matrimonio mi bisabuelo José María Basadre y Belaúnde, de origen español, miembro de una familia que optó por quedarse en el Perú cuando terminó el Virreinato, aparece representada entre mis antepasados la sangre común americana ligada a la génesis misma de la Emancipación en 1810. Juan Enrique Rosales, abuelo de mi bisabuela, doña Luisa Izarnótegui y Rosales, formó parte de la primera Junta emancipadora formada en Santiago aquel año.

A su vez, mi abuelo Carlos Basadre Izarnótegui tuvo por esposa a Concepción Forero y Ara, una de las muchas hijas del prolífico matrimonio entre el coronel colombiano y la descendiente de caciques.

Los dos apellidos de mi madre, Grohmann (alemán) y Butler (irlandés), simbolizan a los modernos pobladores europeos que, sin peligrosos separatismos, vinieron a fundar hogares en estas tierras. En el caso del segundo, ello sucedió desde comienzos del siglo XIX en Tacna. Ocurrió algo análogo con el primero, a mediados de aquella centuria en la misma ciudad. Ambos, el abuelo y el tatarabuelo, llegaron para trabajar en comunes tareas, de acuerdo con el mensaje promisor que el continente americano ha

(10) De Manuela Ara y Robles me ocupo en seguida Su única hermana, Antonia, casó con Manuel Calderón de la Barca y contribuyó en mucho a la decisión adoptada por este patricio cuando el 11 de julio de 1813, con el rango de Alcalde de primer voto del Ayuntamiento constitucional, optó por ser el principal secuaz de la insurrección encabezada por los hermanos Paillardelle. Vencido este movimiento, trabajó al servicio de la libertad en diversos lugares del Alto y del Bajo Perú hasta que en 1816 volvió a Tacna dentro de una libertad vigilada. Sin embargo, cuando Miller llegó con sus tropas en mayo de 1821, se unió a éstas y las acompañó en su retirada al norte por el mar. Vivió penosamente y el gobierno de Riva Agüero lo destacó en una misión cuyo fin resultó trágico, ya que pereció con su familia al naufragar, a la altura de las islas de Chincha, el barco que los conducía.

significado ante millones de hombres y mujeres desde el siglo XVI. Y si, en la guerra con Chile, mi padre, estudiante de la Escuela de Ingenieros, combatió en Miraflores en enero de 1881, dos jóvenes primos hermanos suyos —Federico y Armando Basadre Castañón— murieron el 7 de junio de 1880 en el Morro de Arica, teniente y subteniente en el batallón Artesanos de Tacna, respectivamente (11).

Estamos además, muy cerca, como tantos otros lo están, por lazos de parentesco próximo o lejano o, sencillamente, de terruño y de tradición, de convivencia y de cordialidad que se proyectan, en unos casos a muchas y, en otros a pocas generaciones, a los Caqui, Quea y Lanchipa, aborígenes de esas tierras desde tiempo inmemorial; y a los Pizarro que descienden de los primeros pobladores españoles. A los Cutipa, a los Mamani, a los Cusicanqui, oriundos de la campiña. A las dinastías democráticas de los Rejas de Pachía. A los Ticona, uno de los cuales le dijo en 1925, cara a cara, al Embajador de Estados Unidos en Santiago, lo que ocurría con los tacneños y ariqueños. A los de Zela, presentes siempre en el recuerdo y en el orgullo de los tacneños, a los señoriales y desaparecidos Rospigliosi, a los Pomareda, a los Vigil, a los Villena, a los Vildoso, a los Carbajal, a los Eyzaguirre, a los Albarracín, a los Cáceres, a los Céspedes, a los Nalvarte, a los Marín, a los González, a los Santana, a los Taillacq, a los Sañudo, a los Quelopana, a los Auza, a los Arce, a los Salieres, a los Salinas, a los Molina, a los Gómez, a los Valverde, a los Jiménez, a los Correa, a los Barrete, a los Quina, a los Landa, a los Robles, a los Mantilla, a los Martínez, a los Quijano, a los Freyre, a los Benavides, a los Zevallos, a los Zegarra, a los Vásquez, a los Saravia, a los Barrios, a los Berríos, a los Mena, a los Marca, a los Liendo, a los Castañón, a los Gil, a los Téllez, a los Saona, a los Valdés, a los Zapata, a los Vargas, a los Méndez, a los Butrón, a los Bustíos, a los Beytía, a los Girón, a los Sologuren, a los Fábrega, a los Oviedo, a los Allende, a los Vera, a los Osorio, a los Sotomayor, a los Barrón, a los Palza, a los Portocarrero, a los Valle Riestra, a los Linares, a los Paniagua, a los Carrasco, a los Inclán, a los Vidal, a los Hurtado, a los Arias, a los García, a los Dávila, a los Céspedes, a los Siles, a los Manzanares, a los Palomino, a los Diez, a los Pastrana, a los Montero la, todos ellos y otros, a ellos equiparables, con raigambre en la ciudad y en sus aledaños. A los Cornejo que son muchísimos y entre ellos hay morenos y blancos y bellas mujeres. A los Vega, que son de Tarata pero con muchas ramificaciones en Tacna. A los que descienden de alemanes como los Vischer, los Wiesse, los Freudenhammer, los Neuhaus, los Falkenheimer, los Thiel, los Koster, los Riesle, los Koch, los Reliman, los Burchardt. A los que descienden de ingleses como los Stevenson, los Campbell, los Ledgard, los Finlayson, los Harrison, los Nugent, los Utram, los Jones, los Page, los Salkeld. A los que descienden de franceses como los Bebin, los Metraux. A los que descienden de italianos como los Cafferata, los Bacigalupo, los Bocardo, los Capellino, los Cavagnaro, los Carlevarino, los Viacava, los Raffo, los Rebosio, los Bocchio, los Lombardi, los Ferrari, los Bollo, los Cassareto, los Pescetto, los Luzio, los Vaccaro, los Banhero, los Muzzo, los Tavolara, los Trabucco, los Solari. A los que descienden de españoles como los Casanova, los Pons, los Irriberry, los Gallegos, los Espada, los Lapeyre. A los que reposan en el cementerio de la ciudad; o en la senda de las recuas en el tráfico a Bolivia; o en las pampas que aguardan en vano con las fauces abiertas, desde hace siglos, la irrigación; o en el campo de Intiorco a donde se arrojó a los muertos por la fiebre amarilla en 1869 y a donde se luchó no sólo en 1880 sino también en la guerra civil de 1842. A los que no vieron otro horizonte que el del paisaje local y en él se quedaron como habiendo echado raíces, y a los que fueron aventados por el ciclón de las discordias internacionales a lejanos parajes para lograr en unos cuantos casos la prosperidad y la mayoría de las veces, la mediocridad o la miseria. A los que fallecieron pronto con la ilusoria aureola de juventud o a los que murieron demasiado tarde. A los que vieron y protagonizaron las luchas por

la independencia, las discordias, las facciones, la guerra del Pacífico, la ocupación, la entrega mutilada de 1929, el abandono, después de ella, el renacimiento demasiado fugaz y no esencial, las ulteriores y tenaces negligencias y las siempre vivas esperanzas de progreso y desarrollo.

***IV La chilenización. La Voz del Sur y los hermanos Federico y José Barreta. El Tacora y el heroico y olvidado Roberto Freyre. El Himno de Tacna. Condonos de protesta. Una administración represiva aunque proba. Tacneños peruanos y faéneños chilenos. La tía Elvira.***

Una férvida expresión colectiva resultó el saludo de los pobladores de la ciudad y el puerto vecino al llegar el general Roque Sáenz Peña a este puerto con ocasión de su viaje a Lima como invitado de honor con motivo de haber sido erigido el monumento a Bolognesi. En un gesto de solidaridad con las ceremonias llevadas a cabo entonces en Lima, un grupo de ariqueños subió una noche al morro, robó uno de los cañones peruanos que todavía estaban abandonados en la cima; y, después de increíbles peripecias, logró despacharlo clandestinamente a Lima. Por desgracia, no fue colocado junto al monumento a Bolognesi. Se le envió indiferentemente al museo para que yaciera allí en el olvido y se perdiese.

Las muestras visibles de fervor protestatario no emergieron únicamente en los días de liturgia cívica. Don Pedro Montt, hijo del eminente Manuel Montt, fue elegido Presidente de Chile en 1906. Uno de los temas incluidos en su plataforma electoral, la construcción de un ferrocarril longitudinal a lo largo del norte del país, afectó a toda la región de Tacna y Arica. Don Pedro decidió visitar esa controvertida zona. Un arco de triunfo fue erigido para celebrar su llegada a nuestra ciudad natal al lado del edificio de la Intendencia, es decir, casi al frente de nuestro hogar. Resultó notorio que la recepción al jefe del Estado chileno en torno a dicho arco, estuvo acompañada por una concurrencia muy escasa. Algunos días más tarde, llegó Carlos Forero con motivo de su candidatura a la representación parlamentaria por el departamento de Tacna Libre, la zona vecina al área ocupada por los vencedores de 1883. Una entusiasta multitud le rodeó en su paso por las calles. El Presidente Montt se había enfermado y hallábase descansando en un hotel. Al llegar los manifestantes a esa cuadra, guardaron estricto silencio. Los gritos que aclamaban al Perú y a Forero reanudáronse sólo en la calle siguiente. La enfermedad de don Pedro resultó muy grave y se hizo necesario que entregase su investidura al Vice Presidente de la República para viajar a Europa en busca de la salud. Falleció en Bremen, antes de que hubiese terminado su período de gobierno.

Al fallecer el vicario de Tacna José Félix Andía, el Intendente Máximo R. Lira ordenó la clausura de los templos de San Ramón y del Espíritu Santo en aquella ciudad por encontrarse acéfala la parroquia, ya que negóse a reconocer al cura vicario interino José María Flores Mestre, nombrado por el Obispo de Arequipa, hasta que lo aprobara el gobierno de Chile.

Simultáneamente mandó poner en custodia del juez de letras de Tacna el archivo de la parroquia. Pero ya los libros de bautismos, matrimonios y defunciones de Tacna y Pachía desde mediados del siglo XVIII habían sido ocultados por los sacerdotes peruanos con la ayuda de algunas familias

(11) Marcelino Várela, "Relación nominal de los señores jefes y oficiales muertos en el combate de Arica el 7 de junio último pertenecientes a la 7a. división del 1er. Ejército del Sur", reproducida en Gerardo Vargas H, *La batalla de Arica*, Lima, Imprenta Americana. 1921, pág 370

tacneñas; y el juez chileno se incautó sólo de los libros de confirmaciones, capellanías, estipendios de misas, mandas, inventarios y otros análogos. En el traslado de estos documentos de la casa cural a otras y en el envío secreto de ellos primero a Arica y luego a Lima y al Obispado de Arequipa, intervinieron muchas personas, algunas connotadas como doña Rosa Legay de Trabucco y el jefe de la agencia marítima Nugent, don Eduardo Hogeza Nugent, así como gentes humildes y anónimas. Por eso se salvaron los libros parroquiales que años más tarde, en 1925 y 1926, el gobierno peruano manejó para tener una relación exacta de los nacidos en el territorio plebiscitario.

Con motivo de la clausura de las iglesias, el cura J. M. Flores Mestre presentó una querrela ante el juez letrado; pero éste le exigió que acreditase su personería. En cuanto al inventario y guarda del archivo parroquial, la Corte aprobó que continuara en el juzgado. Los curas peruanos de Tacna y Arica, desalojados de las iglesias, abrieron diversos oratorios particulares en noviembre de 1909; pero no por mucho tiempo.

En febrero de 1910 el Ministro de Relaciones Exteriores chileno Agustín Edwards, autorizó al Intendente Máximo R. Lira para que los expulsara del territorio por desconocer las leyes y ser elementos de discordia. Así fue ordenada en marzo la salida de los presbíteros J. M. Flores Mestre, Vitaliano Berrea, José Félix Cáceres, Esteban Toeafondi, Mariano Indacochea Zevallos, Francisco Quiroz y Juan G. Guevara, Berroa y Guevara pidieron garantías a la Corte de Tacna, después de alegar que se les condenaba sin que hubiera sentencia ejecutoriada. La Corte resolvió favorablemente este pedido. Ambos regresaron del territorio peruano al viajar de Sama a Para. El Intendente entabló competencia al tribunal, que optó por remitir el caso al Consejo de Estado. Los dos sacerdotes decidieron entonces dirigirse a la ciudad, con cuyo fin solicitaron públicamente un coche de plaza. Apresados, fueron conducidos con una escolta de policías a la frontera por sendas especiales para evitar que el pueblo de Tacna cumpliera con su propósito de hacerles manifestaciones de simpatía. La expulsión de los sacerdotes peruanos de Tacna y Arica dio lugar a la ruptura de las relaciones diplomáticas entre el Perú y Chile.

El culto religioso quedó suspendido en ambas ciudades y en toda la zona desde marzo de 1910 y el gobierno chileno estaba resuelto a impedir que lo ejercieran sacerdotes peruanos. Los tacneños y ariqueños peruanos se quedaron sin misas, confesiones o comuniones. La Santa Sede, que se había negado a mutilar o reducir el Obispado de Arequipa, autorizó, sin embargo, en 1910 el nombramiento de un vicario castrense para el ejército y la armada chilenos. La elección recayó en el presbítero Rafael Edwards, cuyo fervor patriótico era más hondo que sus deberes religiosos. Una ley de febrero de 1911 dio su organización propia al servicio castrense con un número variable de capellanes. La misma ley consideró como auxiliares de las fuerzas armadas al personal de la administración pública de la provincia de Tacna; a los empleados y jornaleros de los talleres y obras que por cuenta o con garantía o protección del Estado se establecieron o realizasen en la misma provincia; y a los colonos enviados a Tacna por el gobierno. Los capellanes fueron facultados, en junio de 1911, para usar las iglesias cuyo rector se hallase ausente, previo inventario y declarándose ellos mismos depositarios de los objetos de culto. El Obispo de Arequipa, que no había autorizado esos actos, declaró en entredicho todas las iglesias y oratorios públicos de las vicarías foráneas de Tacna y Arica hasta que se dejara expedito el ejercicio de la jurisdicción ordinaria y se permitiese a los legítimos párrocos el libre desempeño de su ministerio (12). No faltó más tarde, en Lima, algún sacerdote

(12) J. Vitaliano Berroa. *EL problema religioso durante la ocupación chilena de las provincias irredentas de la diócesis de Arequipa*. Lima, Talleres Gráficos "La Confianza", 1957. Publicado por Mons. Francisco Rubén Berroa, Obispo de Ica Raúl Palacios Rodríguez, ob. cit. págs. 82-104.

que, en la confesión, reprendiera con dureza a mujeres tacneñas porque no habían ido a misa ni habían comulgado durante largo tiempo. Ignoraba tanto la pequeña historia local como la historia internacional y diplomática americana de aquellos días.

La guarnición militar de Tacna que antes de 1911 se componía del regimiento "Rancagua" y los zapadores "Atacama", después de ese año creció con el regimiento de infantería "O'Higgins", los "Lanceros del General Cruz" y el regimiento de artillería "Arica", admirables en su prestancia y en su disciplina. Gran interés revelaron también las autoridades chilenas por desarrollar los establecimientos de instrucción pública. Eran ellos, en 1911, un liceo para niñas y otro para niños, una escuela profe le se había puesto en vigencia un eficiente sistema escosional para mujeres, dos escuelas superiores y once públicas. Estas entidades deben ser calificadas como magníficas desde el punto de vista pedagógico, ya que en Chilar alemán. Los directores de dichos establecimientos pro curaban ganarse a la causa de su país a los alumnos más distinguidos y en algunos casos les ofrecían becas en Santiago. El himno nacional chileno se cantaba diariamente en los liceos.

De mayo a diciembre de 1911 la población peruana en Tacna y Arica y, especialmente, en Tarapacá afrontó nuevos días de prueba. Habíase conservado y aumentado en Iquique y otros lugares de esta última provincia una numerosa y laboriosa colonia de connacionales nuestros. Tenía ella una sociedad de beneficencia, una compañía de bomberos, un club social y un diario, entre otras entidades. Hubo inclusive una literatura peruana tarapaqueña. Eran muchísimos los trabajadores compatriotas en las salitreras, sobre todo oriundos de Arequipa. Una Liga Patriótica chilena, formada rápidamente, comenzó a insultar y a atacar con furia a toda esa buena gente. Los obreros fueron expulsados de las salitreras, "barridos" como dijo entonces un diario de Valparaíso. Ello redundó en una crisis por la falta de brazos. Las instituciones quedaron destruidas entre gritos, pedradas y balas. El cónsul Manuel María Forero que servía en este cargo gratuitamente y cuyo hogar y cuya oficina fueron atacadas, sin garantías para su persona ni para su familia por el odio de las turbas, se asiló en el consulado británico de donde ellas quisieron extraerlo por la fuerza y hallóse ante la necesidad inevitable de abandonar Iquique, En Tarapacá, como en Arica y Tacna, muchos jóvenes tuvieron que emigrar porque fueron llamados al servicio militar obligatorio.

El 18 de julio de 1911, unos ochocientos trabajadores del ferrocarril de Arica a La Paz enviados a Tacna para una manifestación nocturna, ya que en esta ciudad era imposible reunir una masa similar, asaltaron y destruyeron, durante más de cuatro horas, las imprentas que publicaban los dos diarios peruanos *La Voz del Sur* y *El Tacora*, situadas a muy pocas cuadras del cuartel de la policía. Así cumplieron con lo anunciado en uno de los cartelones que portaban: *No queremos más panfletos, Ni más Freyres ni Bárrelos*. Y como si tales hazañas no fuesen suficientes, entraron al Club de la Unión, centro social donde se reunía la población de la misma nacionalidad, hicieron añicos el mobiliario y dañaron gravemente el local (13).

(13) Como los socios siguieron frecuentando este edificio semidestruido, fueron notificados en noviembre de ese mismo año por el jefe de la guarnición, general Vicente del Solar, cuyos vínculos con los sucesos del 18 de julio resultaron evidentes, para que procedieran a clausurar esas puertas y apagar esas luces. El mismo general obligó al gerente del Banco de Tacna, don Artidoro Espejo, delegado del gobierno peruano, a renunciar su cargo, después de colocar un pelotón de soldados armados en la puerta del banco Sobre la destrucción de los dos diarios de Tacna y el cierre del Club de la Unión, ver Raúl Palacios Rodríguez, ob. cit págs. 104123.



*La Voz del Sur* apareció en 1893 propiciado económicamente por Guillermo E. Billinghamurst y tuvo como director a Ernesto Zapata y luego a Modesto Molina. En 1898 asumió el mismo cargo José María Barreto en estrecha colaboración con su hermano Federico (14).

Los Barreto eran dueños, acaso, de mayor calidad intelectual que Freyre. Habían sido dirigentes de un grupo literario, la "Bohemia Tacneña", a fines del siglo XIX, cuya revista *Letras* atrajo en 1896 la colaboración de grandes figuras de América española como Rubén Darío, Rodó, Manuel Ugarte y otros. También escribieron allí Ricardo y Clemente Palma y José Santos Chocano, Federico, nacido en 1872, poeta romántico con tendencias al erotismo y también ardoroso patriota, recibió hace pocos años un gran homenaje de su terruño cuando, por iniciativa del Alcalde Rómulo Boluarte, fueron repatriados sus restos desde Marsella, ciudad donde falleció en 1929. Mucho menos leído, José María, tres años mayor, pues nació en 1875, cultivó un tipo de prosa ágil, sagaz, agradable. Años después de haber emigrado de Tacna, fue enviado a misiones diplomáticas en América y Europa y publicó en *El Comercio* de Lima amenas crónicas con el seudónimo de "Rene Tupie". Bajo el comando de ambos hermanos, *La Voz del Sur* tomó algo estilo del diario decano de la capital; y, sin mengua de su intenso fervor patriótico, trató de hacer un periodismo circunspecto. Constantemente, otros tacneños prominentes reforzaron, con o sin firma, a *La Voz del Sur* en su polémica cotidiana con las autoridades chilenas y con el diario *El Pacífico* en el que colaboraron el propio Intendente Máximo R. Lira y además personalidades como Antonio Subercasseaux, Abraham Konig, Anselmo Blanlot Holley, Emilio Rodríguez Mendoza.

Don Andrés Freyre Fernández, de tanta importancia en la historia de la imprenta en Tacna, tuvo seis hijos; Andrés que fue militar con hazañas en las campañas de Tarapacá y de la Breña, Carolina, Clorinda, Ricardo, Eloísa y Roberto.

Las obras dramáticas, poéticas y narrativas de Carolina son bastante conocidas. De su matrimonio con el periodista boliviano Julio Lucas Jaimes, cónsul de su país en Tacna durante un tiempo, nació el gran poeta Ricardo Jaimes Freyre que fue, además, diplomático y estadista de notable actuación. En cambio, las poesías de Clorinda, editora de *El Ramillete* (1889) en la imprenta de su padre, han quedado en un nivel local.

*La Revista del Sur* que Andrés Freyre publicara desde 1866, la cerraron los chilenos en 1880. En su reemplazo apareció desde 1882 *El Tacara*, cuya dirección ejercieron inicialmente el mismo Andrés y, desde 1909, su hijo Roberto Freyre Arias, nacido el 11 de mayo de 1870. Del peruanísimo espíritu de este diario de combate inmensamente popular, hemos visto una joya: una cartulina que puede caber en el bolsillo y lleva el almanaque para 1902 a un lado y el altanero "Himno de Tacna" de Modesto Molina al otro. *El Tacara* tuvo, junto a una sección editorial con informaciones alentadoras sobre la reconstrucción y el progreso al Perú y críticas implacables a las autoridades de la ocupación, hirientes y jocosas letrillas que no perdonaban al Intendente, los jefes militares o a los funcionarios judiciales o administrativos. La venganza no tardó en funcionar. El 28 de noviembre de 1910, un grupo de asaltantes forzó las puertas del diario en la céntrica calle San Martín, a dos cuadras del cuartel de policía, saqueó la casa habitación de la familia Freyre y maltrató a las personas que allí se encontraban. La venerable dama Juana Arias de Freyre, que contaba ochenta y nueve años de edad y estaba enferma e imposibilitada de moverse, fue golpeada y arrastrada por el pasadizo. Los tipos y accesorios de la

(14) Carlos Alberto González Marín "Breve historia del periodismo peruano en Tacna", en *Boletín Bibliográfico*, Lima, diciembre de 1965.

imprensa quedaron esparcidos por las calles vecinas y por la Alameda. Al día siguiente, hombres, mujeres y niños se dedicaron a recogerlos uno por uno y a entregarlos a Freyre. Este reconstruyó pacientemente su taller y, después de algún tiempo, *El Tacora* volvió con el brío de siempre a conmover a la población peruana de Tacna.

Una noche de mayo de 1911, Freyre fue asaltado en la calle por matones embozados que aprovecharon la oportuna ausencia de la policía. No faltan tampoco quienes recuerdan aún el incidente que tuvo con el juez chileno Blanlot, quien lo atacó diciéndole que le haría comer un artículo contra él aparecido en *El Tacora*. De otro episodio más impresionante resultaron protagonistas tres viejas mujeres: doña Juana Arias de Freyre, su hermana Clorinda Freyre de Benavides y su hija Eloísa. Rufianes cobardes las golpearon sin misericordia. Una de ellas exclamó: "Parece que ustedes no hubiesen tenido madre" Pero con nada se arredró Roberto.

Hay un periodismo que tiene el tono de los comunicados y de las proclamas de guerra. De su texto las almibaradas antologías no se nutren. Sin embargo, en horas cruciales, cumple la misión de reconfortar, estimular y acompañar a aquellos a quienes defiende y la de enfurecer a los enemigos. Ese fue el género de campaña que, cara a cara a cotidianos peligros, hizo *El Tacora*. Diríase que Roberto, a su manera, quería emular los hechos de su hermano Andrés en Tarapacá y en la Breña. Mariano Lino Urqueta a su paso por Tacna en 1910 exclamó: "¡Qué zarpa de fiera herida tiene la pluma de Freyre defendiendo su tierra cautiva!".

Se jugó íntegro, como también lo hicieron los Barreto. Cuando quedó destrozada, con las más cuidadosas precauciones técnicas, la imprenta de *El Tacara* la misma noche del 20 de julio de 1911 en que igual atropello liquidó a la de *La Voz de Sur*, cree la familia Freyre que intervino una persona entendida en esos menesteres y adjudica tan dudoso honor al abogado Salvador Allende Castro. (15).

Las mujeres de este clan viajaron inicialmente a Moliendo. En dicho puerto les tocó sufrir hostilidades pueblerinas contra los "repatriados", los "chilenos", a quienes se les echó la culpa por un incendio ocurrido entonces y porque iban a arrebatarles el pan a los nativos. Reunido al fin con los suyos, Roberto vivió, pobre y enfermo después de tantos maltratos, sin solicitar nada, sin beneficiarse con nada, pues creía que tan sólo había cumplido con su deber. Una de las mayores alegrías que tuvo en su crepúsculo fue las interminables charlas con su hermano Andrés, ya muy anciano. Falleció en Magdalena del Mar el 18 de octubre de 1918.

No debe ser confundido *El Tacora* de Tacna con la publicación del mismo nombre que en 1931 editó Rómulo Vaccaro en Moliendo.

En los días del aniversario nacional había, hasta 1911, una reunión muy concurrida en casa del "Delegado" o agente del gobierno del Perú Artidoro Espejo. Se bebía champaña y eran entonadas las estrofas del "Himno de Tacna", cuya letra redactó en 1886 Modesto Molina con la música del himno nacional peruano. Este himno fue escuchado por vez primera en la sesión solemne de la vieja y gloriosa Sociedad de Artesanos "El Porvenir" cuando lo cantó el Orfeón de Tacna, institución musical de gran importancia (16).

(15) Ninguna calle de Tacna lleva el nombre de Roberto Freyre

(16) Modesto Molina, "Historia del himno de Tacna" en *Hojas del proceso*, 2da. Edición, Lima. Emp Tip. Unión 1922 pp. 127-135.

Como en esa ciudad no se podía repetir el coro que empieza con las palabras "Somos libres, seámoslo siempre", Molina las había sustituido con la frase "Mantengamos el fuego sagrado", para terminar expresando la terca esperanza de que "Dios salva y eleva a los pueblos que confían en la libertad". Las varias estrofas aludían, sin insultos ni encono, a la situación de ese territorio, repetían la ilusión — ¡tan siglo XIX! — de la libertad y del progreso e incluían un homenaje al pasado y un acto de fe en el porvenir, enumerando en difícil arreglo métrico los nombres de Vigil y de algunos de los principales muertos ariqueños y tacneños en las batallas del Alto de la Alianza y de Arica, el 26 de mayo y el 7 de junio de 1880.

El coro decía así:

*Mantengamos el fuego sagrado del amor a la Patria  
inmortal, que Dios salva a los pueblos que confían en  
su libertad,*

Las cuatro estrofas eran las siguientes:

*Libertad que con sangre fecunda nuestros padres fundaron  
ayer; libertad que es el alma del mundo, que es del  
hombre la augusta conciencia que es su fuerza, su vida y  
su ley; que es poder que lo impulsa a luchar contra todo lo  
que es ignorancia y es error y es coyunda brutal.*

*No es el yugo el que salva a los pueblos ni es tampoco su  
ley la opresión. El progreso es la luz que los guía y los lleva  
a un destino mejor. Trabajemos por ese progreso que es  
del siglo la sola verdad y por él, redimida, mañana libre  
Tacna y feliz se verá.*

*Tacna está por la Patria, cautiva, mas qué importa su cruel  
condición, fue deber de nosotros salvarla, fue salvarla, en  
nosotros, honor, Confiando la Patria en su brazo, su promesa  
no olvide jamás y que premie el valor de sus hijos con su  
amor, dándoles libertad.*

*Ante el sol que se eleva en el cielo, y a la sombra del patrio  
pendón, sea un himno de fe y esperanza para Tacna, el  
tributo mejor, que hoy ofrece la tierra cautiva de Vigil, de  
Mendoza, de Inclán de Blondel y Mac Lean y Bustíos Arias,  
Zela, Cornejo y Vidal.*

Cantar estas estrofas resultó algo habitual en la Sociedad de Artesanos "El Porvenir", en las escuelas, en los hogares de la ciudad y el campo y en las reuniones populares.

Al lado del himno que redactó Modesto Molina —muchísimo más bello, a mi juicio, que el actual y endeble himno de Tacna cuyo reemplazo es urgente— hubo varias canciones que hoy serían llamadas de protesta. En visitas recientes a esa ciudad, he tratado de indagar acerca de ellas. No faltan las que han sido olvidadas por una negligencia lamentable generalizada después de que Chile devolvió una sección de la zona irredenta. La que más se recuerda es la que sigue, cuyo contenido transcribo según los recuerdos de don Víctor Manuel

Castañón, tacneño nacido el 19 de febrero de 1884, padre de la muy estimable familia Castañón Rejas. Hay otras versiones con ligeras diferencias en el texto. Parece que la letra y la música fueron obra de los hermanos Humberto y Jorge Simpson Hernández. Dice así;

*Allá en la quinta de Las Palmeras,  
el roto Lira rabiando está  
al ver que Tacna no chilenuza,  
nunca es chilena ni lo será.*

*Viva Tacna, viva mi Patria,  
vivan los héroes de grande honor,  
una corona para los tacneños  
que no negaron a su nación.*

*Allá en la cumbre del Morro hermoso,  
dos pabellones yo vi flamear,  
uno peruano y otro argentino  
que a nuestra patria vino a ayudar.*

*Que viva Tacna, viva mi Patria,  
vivan los héroes de grande honor,  
una corona para Sáenz Peña  
y otra corona para el Perú.*

*Al estampido de la metralla  
pecho peruano jamás tembló  
allá en los mares nuestro  
Almirante que con su Huáscar lo demostró.*

*Que viva Tacna, viva mi Patria,  
vivan los héroes de grande honor,  
una corona para los tacneños  
que no negaron a su nación.*

*Ya se acabaron aquellos tiempos  
de los peruanos la esclavitud,  
hoy sólo gimen entre cadenas  
nuestros hermanos allá en el sur.*

*Que viva Tacna, viva mi Patria,  
vivan los héroes de grande honor,  
una corona para los tacneños,  
que no negaron a su nación (17).*

Otra canción de protesta expresa el dolor de los muchos reclutados a la fuerza y enviados al Sur para que sirvieran en el ejército chileno. Su texto dice así, en la versión que obtuve:

*Adiós, mi Tacna, querida,  
adiós, Arica laurel.  
Ya se va tu hijo querido  
y no lo volverás a ver.  
Si preguntan por mí, díganles  
que preso voy  
y el que quiera rescatarme  
en Santiago de Chile estoy.*

(17) Esta versión, repito, proviene de don Víctor Manuel Castañón Castañón, gran tacneño nacido el 19 de febrero de 1884.

Hay quienes afirman que hubo varias canciones con el recuerdo de lo que sucedió durante la campaña marítima de 1879 y las batallas del Morro y del Alto de la Alianza en 1880. Sólo he podido conocer la siguiente acerca del combate de Angamos:

*El "Cochrane" le dijo al "Blanco"  
"¿Por dónde pasó la "Unión"?  
Señalándole las playas, dijo: "Por aquél rincón".*

*"Qué vergüenza tan horrible  
la que vamos a pasar!  
Siendo la "Unión" de madera  
la hemos dejado escapar" (18).*

Ruego a los estudiantes de los colegios, las Unidades Escolares, la Escuela Normal Mixta y la Universidad de Tacna que busquen otras canciones de protesta, no sólo contra los chilenos sino las que pudieron surgir después de 1929 contra las malas autoridades nacionales y contra el gamonalismo político.

Tuvimos los tacneños muchísimos motivos para quejarnos de la administración chilena por razones patrióticas. Han sido enumeradas ya algunas de ellas. Hubo otras.

Sin embargo, el sentido de la justicia lleva a hacer una salvedad. A nuestro conocimiento no llegó que las autoridades políticas, militares o administrativas, desde las más altas a las más pequeñas, incurriesen en delitos de enriquecimiento ilícito. Los llamados "ministros" de la Corte de Justicia inicialmente creada en Iquique por ley de noviembre de 1884 fueron intachables en su vida privada y como magistrados, salvo que, ocasionalmente, los desviara frente a los peruanos la suprema "razón de Estado". En el liceo, profesores de formación alemana dieron a sus clases un alto nivel y nada desfavorable se habló acerca de sus costumbres. La policía y los carabineros nunca fueron acusados de recibir sobornos o estipendios indebidos. Los carabineros podían inspirar en quienes considerábanlos de hecho como enemigos, odio, disgusto o temor; pero en tales actitudes había un respeto inspirado por su disciplina y su marcialidad.

Chile habrá tenido muchas fallas, defectos y errores en su historia. Pero, a través de figuras representativas como Diego Portales, Manuel Montt, Aníbal Pinto y otros, ostenta una tradición de probidad que, por cierto, en otros casos, resulta a veces notoriamente contradicha aunque siempre en menor grado que en otras zonas de América Latina. En el turbulento siglo XX no ha engendrado personajes que obtuviesen fortunas enormes gracias a su éxito en la política: hombres como Trujillo en Santo Domingo; Castro, Gómez y Pérez Jiménez en Venezuela; la familia de Porfirio Díaz en México; Perón en Argentina; Rojas Pínula en Colombia; Odría en el Perú.

Durante la época hasta donde alcanzan mis recuerdos no podía haber manifestaciones públicas peruanas. También era un acto prohibido izar en la ciudad la bandera bicolor, el 28 de julio, si bien todos los años manos anónimas las colgaban bien alto en algunas vilcas, pinos y molles de intransitados vericuetos o de zigzagueantes callejones. Sospecho que, al lado de la vida religiosa, en las

(18) Estos dos textos obtenidos por gentileza de Marco Nobel Villegas, uno de los más destacados escritores en la nueva y meritísima generación tacneña, dirigente, junto con Segundo Cancino, Apolinar Suárez V y Guido Fernández de Córdoba, del grupo cultural "Inceptor" y de la bella revista *Kilka*.

congregaciones, procesiones, novenas y demás actividades de ese tipo, hubo pretextos o circunstancias favorables para el fomento o el estímulo del amor al Perú, mientras estuvieron los sacerdotes de nuestro país. Pero no sólo allí sino en múltiples aspectos de la vida diaria podíamos hacer ver que éramos peruanos.

En uno de los retratos de mi infancia aparezco con el uniforme blanco de los soldados que fueron movilizados en el conflicto con el Ecuador, probablemente hecho pieza por pieza por mi hermana Luisa, cuya fotografía para un baile de fantasía de muchos años atrás, con un traje formado con las primeras hojas de los diarios peruanos de Tacna, se publicó en uno de los números de la revista *Prisma* que entonces aparecía en Lima.

Mi primera visión del cinema debe haber surgido hacia 1910 o 1911, cuando en el bellissimo Teatro Municipal de Tacna que alguien, bárbaramente, quiso destruir no hace mucho tiempo, se presentaron por primera vez, algunas películas cómicas. Eran las de Cebollino, Max Linder y otros, a base de carreras, saltos y golpes. Si no me equivoco, se trataban de films franceses o italianos. Asistí también cierta vez a la exhibición de un noticiario que presentaba escenas de maniobras militares en Lima, especialmente de caballería, levado a Tacna con indudable coraje por el empresario Aníbal Marchand, ese gran patriota a lo largo de toda su vida en nuestra ciudad y durante los largos años de su "destierro" en Lima. Tenía esta película como título *Los centauros peruanos* y al exhibirla en el Teatro Municipal hubo grandes aplausos de la concurrencia formada por los tacneños peruanófilos, mientras silbaba el auditorio chileno. A la salida no faltaron altercados y pugilatos callejeros.

Deseo mencionar aquí, ahora, sólo unos pocos nombres de tacneños o residentes chilenos. Seguramente ninguno entre ellos ha alcanzado la importancia y la figuración de Conrado Ríos Gallardo. Como es sabido, fue Ríos Gallardo, en su condición de Ministro de Relaciones Exteriores en el primer Gobierno de Ibáñez, quien asumió la responsabilidad de las negociaciones por las cuales quedó firmado el tratado de 1929 que dio lugar a la entrega de Tacna al Perú. En 1950 me contaba en Santiago tan buen amigo (como suelen ser, a pesar de las encrucijadas de la vida, quienes tuvieron una infancia común), de sus trifulcas con muchachos peruanos de Tacna. A ellos no me incorporé por razón de mi edad; pero sí mis hermanos que consiguieron un local para el llamado "Club Perú", en uno de los departamentos de nuestra casa. Los jóvenes chilenos también formaban un bando y solían molestar a los redactores de los diarios peruanos *La Voz del Sur* y *El Tacora*, gritándoles "Cholos, cholos".

Cierta vez, José María Barreto, director de *La Voz del Sur*, llamó a Conrado Ríos Gallardo y a uno de sus acompañantes y les mostró en el despacho de su periódico una fotografía del entonces Presidente de Chile, Pedro Montt, que era de color bastante oscuro y otra fotografía del aristocrático Presidente del Perú, José Pardo y Barreda. "¿Cuál de los dos es el cholo?" les preguntó. Y así la sudamericana amplitud y variedad de los tipos humanos resultó más auténtica que los esfuerzos para agregar el prejuicio racial a la virulencia nacionalista.

Otro de mis compañeros de infancia, Ciro Quina, hijo del poeta peruano Pedro Quina Castañón, fue, más tarde, diputado por la provincia de Arica y su nacionalismo chileno vibró con fervor.

Alguna vez, sin embargo, llegó a Tacna un muchacho limeño, creo que apellidado Iturrizaga o algo así. Los jóvenes peruanos de la localidad, con olvido de su fervor nacionalista, lo invitaron a una trompeadura.

A nuestra casa no iban visitantes de la nacionalidad enemiga. Tampoco frecuentábamos a personas o familias con igual característica. Dicha regla tenía que sufrir una excepción porque así es la vida de compleja y variada.

Mi tía Elvira, hermana de mi padre, se había casado en segundas nupcias con un santiaguino, el gerente de la agencia del Banco de Chile en Tacna, apellidado Dahl. Volví a encontrarme con Federico Dahl Basadre, el único hijo de ellos, mi primo hermano y compañero de juegos infantiles en la enorme quinta de esa familia, durante el plebiscito de 1925. Cuando él regresó a Tacna a votar por Chile y yo por el Perú; y por tercera y cuarta lo traté con igual cariño, en Santiago en 1942 y en 1950, ya casado, con hijos y nietos; y luego cuando llegó a Lima, poco tiempo antes de fallecer. Dejó una familia santiaguina muy estimable.

Recuerdo a mi tía Elvira en Tacna (no sé si erróneamente) como una mujer alegre, habladora, sociable, rodeada de la abundancia. La quinta donde ella vivía y cuya fachada daba frente a la cuadra final de la Alameda, atrajo más tarde, muchas veces, mi nostalgia al evocar su bello jardín a la entrada y su huerta muy extensa en la parte posterior. ¡Qué diferente esta visión feliz con el cuadro que presencié en Santiago de Chile, en 1950! Mi tía Elvira, de ochenta y tantos años, enferma, con las manías y obsesiones de la vejez, vivía patéticamente un mundo propio, al margen de la realidad de los demás. Y, sin embargo, al oír mi nombre lo reconoció de inmediato, aunque mi presencia era la de un extraño, pues sólo me había visto siendo muy niño; y me trató, al instante, con la misma confianza de treinta y tantos años antes, como si hubiese estado conmigo el día anterior. Al recóndito paraje de su mente, formado por las imágenes, los instintos y los sentimientos de su sangre y de su juventud, no llegaban los achaques de la decrepitud.

## ***V Ser coleccionista o transformador de objetos. Leer. Las técnicas de la comunicación de masas.***

Coleccionar es, como expresó Walter Benjamín, una pasión de niños para quienes las cosas no son aún mercancías y no se avalúan según su utilidad; y es también un "hobby" de los ricos, quienes tanto tienen que no necesitan nada útil y pueden permitirse así adoptar como oficio lo que este gran escritor llamaba "la transfiguración de los objetos". Así deben necesariamente descubrir lo bello, que exige "un deleite desinteresado" para ser reconocido (19).

Mi primera etapa de coleccionista, de "transformador de objetos" se inició al asociarme con mis mayores y bajo la guía de ellos, en la modesta cacería de estampillas.

El hallazgo paulatino del mundo debió empezar para mí a través de la policroma ventana de los sellos de correos. Había varios gruesos álbumes de ellos en la morada familiar. Llegaban por canje o compra nuevas adquisiciones preciadas y la curiosidad trashumante de la infancia pudo así conocer ya no los nombres de países cercanos o siempre presentes como Perú, o Chile, o Bolivia, o de los que, estando lejos, vibraban con simpática resonancia como Argentina en América e Inglaterra, Alemania, Francia o España más allá del océano, sino también los remotos e inaccesibles como Turquía o Rusia, únicos en Europa en donde se necesitaba entonces tener pasaportes para viajar, o el Japón tan prestigiado después de su victoria cercana, o las monarquías complejas de los Balkanes en cuyo territorio decían los periódicos —otras ventanas entreabiertas sobre el mundo— ardía entonces una guerra intermitente.

Estos periódicos no eran sólo los de la ciudad natal. Allí llegaban en su continuidad sin quiebra los ejemplares de la suscripción de *El Comercio* de Lima, en tanto que, hacía 1909, hemos debido oír decir que *La Prensa* había sido clausurada, si bien su lugar de combate fue tomado brevemente por *El País*. No sufrían interrupciones, en cambio, las suscripciones europeas de *La Ilustración*

*Artística, Alrededor del Mundo, Hojas Selectas* y algunas revistas inglesas con sus grabados alucinantes.

En una relación de lo que estuvo destinado a iniciar y fundamentar los albores de una cultura personal sería difícil que lográsemos anotar los nombres de varios libros específicos. Acaso dentro de un esfuerzo franco de romper con cualquier pedantería, mencionaríamos el de uno solo, el de una obra destinada justamente a abrir los caminos del estudio; a enunciar problemas; a suscitar, y esto es lo más valioso, un formidable apetito de lectura. ¡Qué lejos está el niño, muy niño, de la *Odisea* homérica, de los *Diálogos* platónicos, del *Quijote* cervantino, del inmenso mundo de Shakespeare! Y, sin embargo, muchos hemos tenido en la infancia el humilde, desvelador y sugeridor instrumento bibliográfico, el que real y efectivamente lanzó en su día, en las tiernas humedades del alma novicia, la semilla de las grandes avideces espirituales, las primeras lujurias de la imaginación... Y, en un gesto de sencillez, el recuerdo insobornable que rechaza las hipocresías, se inclina ante el nombre inscrito en el lomo de unos gruesos y honrados volúmenes familiares, compañeros en las veladas del invierno, de la enfermedad o del luto y también de las largas convalecencias; generosos de texto; profusos en múltiples y bellas imágenes; opulentísimos en medias revelaciones varias y en alusiones a los universos de la cultura universal o de la ciencia útil o asombrosa; trampolines para la plural curiosidad, la riqueza y el contraste de tentaciones en el intelecto, experiencias de gimnasia magníficas por el hecho de que acostumbran a frecuentar lecturas de valor desigual. En situaciones como éstas, nunca el resultado importa tanto como el ejercicio mismo; siempre la caza tiene más alto precio que el venado. No por la inferioridad, real o ficticia, de los autores, impugnamos hoy las formaciones didácticas en el antiguo escolasticismo, sino por el hecho mismo de la hegemonía y el dominio de aquellos personajes. La cultura auténtica cumple una esencial misión: la de abrir puertas y ventanas. Abre puertas y ventanas a la multiplicidad y al infinito en mentes que podrían haber quedado selladas y empobrecidas por la tiranía de un libro magno Traen la fecundación inolvidable de una múltiple curiosidad (20).

Precisamente, como refuerzos para viajes ulteriores en territorios espirituales ignotos, ahí aguardaban, pacientes, los muchos otros libros de la biblioteca reunida por mi abuelo y por mi padre.

El "vicio impune de leer" que este último heredó de sus mayores y cultivó sin alardes, fue cultivado, asimismo, por mis hermanas y mis hermanos. Dentro del ámbito de la biblioteca familiar, al lado de otros testimonios, abundaron los que daban fe del complejo pasado peruano, chileno y boliviano, cuyos lazos comunes se remontan a tiempos antiquísimos y cuyas guerras y querellas no son sino paradójicas señales de esa honda y permanente vinculación. Trabajos históricos escribieron, al margen de tareas agobiadoras, mi abuelo Carlos Basadre Izarnótegui y mi tío abuelo Modesto Basadre Chocano. Aquél fue el autor del primer estudio sobre la geografía y la historia de Tacna, acogido en las páginas de la *Revista de Lima* en 1862 y 1863. Este publicó un documentado folleto sobre el litigio con el Ecuador y otro titulado *Riquezas peruanas*; además desparramó en varios periódicos capítulos que bien hubieran integrado un

(19) Haimah Arendt, "Walter Benjamín", en *Eco*, Bogotá, N° 150, octubre de 1972, pág. 595 y siguientes.

(20) Confróntese con "Los mejores libros" en *El Nuevo Glosario* de Eugenio D'Ors, Madrid, Caro Raggio, 1923, págs. 65-72



libro sobre la época de la Independencia y los comienzos de la República, llenos de recuerdos sobre experiencias por él mismo vividas, de datos apretados y de juicios heterodoxos. Quien crea que su aporte se limita a la serie de artículos reunidos, más o menos veinte años atrás, generosa y acuciosamente, por Félix Denegrí Luna, está equivocado. Trazó por allí un retrato de Bolívar a quien el conoció de niño ya que el Libertador se alojó, cuando pasó por Tacna, en la casa de su padre, José Santiago Basadre y Belaúnde, entonces alcalde de la ciudad. Su trayectoria en la política fue larga y limpia. Nos jactamos los suyos de su oposición en la Cámara de Diputados, tanto en 1873 contra el tratado secreto de alianza peruano-boliviano, como en 1884, frente al tratado de paz con Chile suscrito en Ancón el año anterior. No ha faltado alguien que pretendiera relacionar mis aficiones por los estudios históricos con tal o cual autor limeño contemporáneo. Mi respuesta ha sido una sonrisa con el recuerdo de un viejo proverbio francés: "*Bon chin chasse de race*".

Recuerdo que casi todos los libros de nuestra biblioteca habían sido empastados; en alguno que todavía conservo, se lee el nombre de un encuadernador de Tacna: Delfio Velasco. Ellos, desordenadamente y sin discriminación entre lo eminente y lo innecesario o lo indeseable, nutrieron poco a poco esta infancia lanzada, a la orfandad y al duelo riguroso de la provincia, desde los seis años. Entre otros que bien quedaron en el olvido, halláronse las *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma en la edición impresa por la casa Montaner y Simón en España, entre 1893 y 1896, como parte de la serie de volúmenes repartidos a los suscriptores de la revista *La Ilustración Artística*.

La primera obra poética que, sin duda, impresionó hondamente a mi infancia, aparte de las escritas por autores locales, debe haber sido "La oración de todos" por Andrés Bello, traducción libre de Víctor Hugo, encontrada en alguna antología chilena. ¡Otra vez la influencia del enemigo!

Lo importante fue respirar el aroma de una biblioteca desde temprano. El luto a causa del inesperado fallecimiento de mi padre tan riguroso en la vida provinciana de entonces y quizás la anómala condición en que estaba de no ser un alumno normal en un colegio público acentuaron mi afición a la lectura. Juntos hallé aunque no pudiera inicialmente devorarlas, obras de grandes historiadores chilenos, bolivianos y peruanos del siglo XIX, los tomos de la biblioteca de escritores griegos y latinos publicada en España, el gran diccionario enciclopédico de Montaner y Simón, varias ediciones de *Don Quijote de la Mancha* y diversas obras de literatura española contemporánea, incluyendo las novelas de Pérez Caldos y Pereda. Ya en la adolescencia, las del segundo me aburrí; pero me detuve con entusiasmo en las de don Benito, especialmente en los *Episodios Nacionales*, cuyo repaso efectué más de una vez.

Ignoro si mi padre leyó todas las obras que ornaron las paredes de su escritorio y de las habitaciones contiguas. Me fue dable, ya en años maduros, identificar entre ellos textos muy diversos, como uno de lucha social, escrito por León Tolstoi (ninguna de sus novelas) y un exponente de la propaganda anarquista firmado por el español Anselmo Lorenzo. Quizás si el conjunto de estas variadas especies bibliográficas denunciaban la pasión del coleccionista, afín a la del revolucionario, como dice Walter Benjamín a quien antes cité, "porque (aquél) sueña en un camino no sólo hacia un momento remoto y rebasado sino, al mismo tiempo, a un mundo mejor donde a las gentes no se les da lo que necesitan como no se les da en el mundo cotidiano, pero donde las cosas están liberadas de la coyunda de la utilidad". Coleccionar es la redención de las cosas, complemento de la redención del hombre. Para un verdadero bibliófilo, incluso la lectura de sus libros es una cuestión dudosa. "¿Los ha leído todos?" se dice que le preguntó a Anatole France un admirador de su biblioteca. "Ni siquiera la décima parte ¿Usa usted todos los días su porcelana de Sévres? (21).

Abrir y cerrar muchos volúmenes con libertad, sin la orden o la presencia de profesores o vigilantes y repasarlos cuando el estado de ánimo lo ordene, vale, a veces, para un niño o para un viejo, más que juguetes y excursiones. No es lo mismo tener que acudir a bibliotecas públicas, o leer como obligación escolar, por corto plazo y bajo limitaciones reglamentarias; y uno de los aspectos melancólicos del progreso es que el empequeñecimiento en las viviendas, así como la proliferación de ediciones demasiado baratas o demasiado caras, o demasiado sensacionalista que sólo se miran, reducen un privilegio tan noble entre las generaciones nuevas.

Marshall McLuhan, así como sus discípulos y émulos han elaborado toda una historia de la cultura alrededor de las técnicas de la comunicación. Señalan en ella tres grandes fases: las épocas tribales, las tipográficas y la eléctrica. En las primeras se desarrollan la cultura narrativa, la gesticulación, las danzas, los ritos, el manuscrito. Pero lo que predomina entonces es el oído. El hombre tiene una percepción global del mundo que lo rodea, por lo demás, estrecho.

El invento del alfabeto produce división y temporalización. El alfabeto "es una estructura de fragmentos y partes sin valor semántico propio que deben enhebrarse como abalorios y en un orden prescrito. Se usó, promovió y estimuló el hábito de percibir cualquier ambiente dentro de cauces visuales y espaciales, particularmente en términos de un espacio o un tiempo uniformes, continuos y ligados". El progreso de los medios de comunicación escrita, iniciados con el papiro y la pluma de cisne, llega en el siglo XV a una revolución con la imprenta de Gutenberg que introduce el tipo movable para difundir el pensamiento. Comienza la cultura visual. Nace el hombre tipográfico, aislado, fragmentado, distinto de lo que fuera en la etapa anterior. La imprenta es "un recurso repetidor". Del manuscrito a Gutenberg, la diferencia estriba precisamente en eso: en la posibilidad de multiplicación y repetición. Ello da lugar, según McLuhan, a que se introduzca en toda la vida humana los principios de continuidad, uniformidad y repetibilidad que, a su vez, dan lugar a la creación de modos, formas e instituciones tales como las pautas de producción, la producción seriada, el mercado, el urbanismo, etc. El medio impreso convierte al trabajo artesanal en trabajo en serie; produce la medición y la contabilidad; sedimenta la gramática y con ello el movimiento unificador de las lenguas nacionales; cambia la moneda por el billete o el "crédito a sola firma" "La moneda es un objeto. El crédito, una información."

La imprenta engendra, en primer término, como su producto más conspicuo, al libro. ¿Qué es el libro? Es, por lo pronto, una sucesión homogénea de renglones y páginas que, originalmente, ha sido una sucesión ordenada de letras según las normas del significado. Pero el libro, a través de la imprenta, permite una labor de almacenaje de la información escrita, descarta la memoria y suscita una organización visual del conocimiento. Desde entonces, a través de la imprenta y el libro, el conocimiento se pudo embalsamar, enfardelar e intercambiar con mayor facilidad y amplitud. El lenguaje pasa a ser una mercadería transportable cuando antes sólo era un medio de percepción y exploración.

Sucesivamente van apareciendo la prensa de hierro, la prensa manual, la prensa cilíndrica, la prensa de tipo revolvente, la fabricación de papel con pulpa de madera, el linotipo, el daguerrotipo gracias al cual es posible la ilustración multiplicada, el perfeccionamiento del fotograbado, el fotolito y la multiplicación de los medios complementarios para propagar y multiplicar directa o indirectamente la palabra escrita.

La época eléctrica hallase unida al fantástico desarrollo de los medios que ahora se llaman "audiovisuales". Sus lejanos antecedentes son el grito, y de la necesidad el dibujo rupestre, el *tam-tam* y las señales de humo, expresiones primitivas de la capacidad que el hombre tiene de comunicarse. Ya aparecen formas perfeccionadas con el telégrafo, el teléfono, el telegrama, el cablegrama, el fonógrafo, la fotografía, el cine; y el apogeo hallase acompañado por la televisión, el empleo de estaciones orbitales para las comunicaciones que incluyen imágenes y palabras, la llamada "vía satélite". Ha sido una prodigiosa y rápida aventura. "Luego de tres mil años de explotación por medio de tecnología mecánica fragmentaria (ha escrito McLuhan) el mundo occidental se está expandiendo. Durante esas eras mecánicas hemos proyectado nuestro cuerpo en el espacio. Hoy día, después de un siglo de tecnología eléctrica, hemos logrado extender nuestro sistema nervioso en un abrazo total, aboliendo a la vez el espacio y el tiempo, tan lejos como concierne a nuestro planeta."

El vestido, dice McLuhan es la prolongación de la piel así cómo la silla es la prolongación del trasero; el arma la prolongación del puño; la rueda la prolongación del pié, el libro la prolongación del ojo: el teléfono la prolongación del oído tal como, de otra manera, la radio. Pero el hombre de nuestros días se vale, fundamentalmente, de los medios eléctricos, prolongaciones de nuestro sistema nervioso. Nuestra percepción de la realidad es global como la del primitivo aunque dentro de una escala mucho más grande y además instantánea y simultánea. Hay una enorme retribalización en el hombre contemporáneo. La intervención y la proliferación de los medios eléctricos con sus alcances planetarios están "recreando el universo a imagen de la aldea global" y ofreciéndonos un "nuevo mundo multisensible de totalidad y simultaneidad" (22).

¿Qué vínculo hay entre tan elemental e incompleta referencia a McLuhan y de otros como él y la obra a la que *Infancia en Tacna* está incorporada? La de señalar que, cuando este libro aparece, vivimos en una nueva era, la Era de la Imagen (23). Sin embargo, y a pesar de todo, insistimos en que, la obra impresa no muere. Hemos preferido escribir las páginas que hojeará el lector y no ofrecer una serie de charlas televisadas o un documental cinematográfico. Por lo demás, en relación con estas dos últimas posibilidades, hubiéramos necesitado mucha influencia y quizás, capital.

A pesar de todo, nunca como en los años actuales han trabajado tanto las imprentas. Es visible hasta una inflación editorial con la superabundancia de publicaciones de ínfimo nivel o fugaces; algo que resulta mórbido en Estados Unidos gracias a la fiebre de buscar o de obtener la jerarquía transitoria y engañosa de los llamados "Best Sellers."

(22) He aquí algunos de los libros de Marshall McLuhan: *El medio es el mensaje*, Buenos Aires, Paidós, 1969; *Guerra y paz en la aldea global*, 1968; *Contraexplosión*; 1969; *La novia mecánica*, Buenos Aires, Paidós 1970; *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, México, Diana, 1971. La bibliografía sobre comunicación de masas es enorme. En el Perú no conozco otro estudio de síntesis, aparte del excelente que preparó Arturo Salazar Larrain con el título *Periodismo y comunicación. Una introducción al estudio de la comunicación de masas*, editado por la Universidad de Piura en 1974

(23) La escritora alemana Marie Luise Kaschnitz entre las prosas de su obra *Stekf dock dahin*, Frankfurt, Suhrkamp Taschenbuch Verlag, 1974, incluye "El último libro" que, con otras de sus creaciones, tradujo Ernesto Volkening. Dice así: "Hoy volvió el niño muy tarde de la escuela. Fuimos al museo, dijo. Vimos el último libro. Sin quererlo, eché una mirada a la larga pared de la sala donde había una vez varios estantes llenos de libros mas ahora está vacía y pintada de blanco para que se pueda ver en ella la nueva televisión plástica. Sí, pregunté asustada, ¿qué libro fue? Pues un libro, dijo el niño. Tiene una tapa y un lomo y páginas que se pueden hojear. ¿Y qué estaba impreso en el libro? Qué sé yo, contestó el niño. No nos dejaron tocarlo. Está bajo vidrio. Lástima, dije. Pero el niño ya se había alejado de un brinco y estaba dándole vueltas a los botones del televisor. La gran pared blanca empezaba a animarse mostrando una fila de elefantes en trance de pasar un vado en la jungla. De las aguas turbias del río venían chasquidos, los guías indígenas gritaban Acurrucado sobre la alfombra el niño miraba lleno de arrobos los enormes animales. "¿En un libro, qué puede haber que sirva?, murmuró.

El libro no es tan sólo, como cree McLuhan, una prolongación *del ojo*. Es, sobre todo, una prolongación *de la mente* para dejar testimonios auténticos y permanentes de su don de razonar, recordar e imaginar. Una aptitud que siempre se renueva a través de las generaciones. Por ello, no ha llegado a ser superado todavía. Posee las ventajas de la accesibilidad inmediata y de no ser fácilmente destructible. Es lógico pensar no en un asesinato de unos medios de comunicación por otros, sino en una coexistencia entre ellos.

A los tacneños que hoy disponen de las magníficas facilidades ofrecidas por la televisión de Arica y que hallan ya a su alcance canales no foráneos, vale la pena recomendarles que, en vez de invertir demasiadas horas en la actitud pasiva de *ver*, las dediquen, salvo cuando se trate de informaciones acerca de grandes acontecimientos, siempre que puedan hacerlo, a *leer* en sus casas o en la magnífica biblioteca fundada en esa ciudad en 1956-57 por alguien cuyo nombre aparece en la lujosa y rimbombante placa respectiva con la ínfima importancia de un amanuense.

### ***VII El forzado viaje. Aquella hermosa ilusión por la que tantos se inmolaron.***

Mi padre y mi madre, a diferencia de varios de otros miembros de la familia de aquél, habían decidido que era necesario residir en Tacna, costara lo que costase, dentro de la idea de que el plebiscito ordenado para orientar el destino de la zona alguna vez podía efectuarse. Como es bien sabido, el artículo 3° del tratado de Ancón suscrito en 1883, entregó las provincias de Tacna y de Arica a Chile durante diez años, al cabo de los cuales los ciudadanos de ellas debía ir a las urnas para expresar si querían ser peruanos o chilenos. Sin embargo, no hubo un acuerdo sobre las condiciones de ese acto de sufragio y la situación se mantuvo durante muchos años indecisa y conflictiva.

Mi padre falleció en mayo de 1909. Razones obvias me impiden hacer su elogio. Diré tan sólo que me enorgullece haber encontrado su efigie en el salón de sesiones de la histórica Sociedad de Artesanos "El Porvenir" de la que llegó a ser presidente, con una inscripción enaltecedora escrita poco tiempo después de su muerte (24). Dejó, además de su viuda, siete hijos de los cuales era yo el menor, con seis años. Sus asuntos quedaron a cargo de mi madre que dirigió a mi hermano Federico, entonces estudiante de Ingeniería. Las condiciones dentro de las que funcionaban nuestros asuntos empeoraron al intensificarse las tensiones entre los peruanos y las autoridades chilenas. Se salvó lo que se pudo humanamente salvar. Al fin resultó inevitable la necesidad de viajar a Lima. Bajo el mando enérgico de mi madre, dejamos Tacna el año de 1912.

(24) Su retrato exhiben también en Lima en uno de los salones del Club Departamental Tacna, en la galería de coterráneos del pasado unidos a quienes, de una manera u otra, ligáronse al departamento. En la actualidad, está a la derecha del Presidente Leguía. Muchos años atrás, en el seno de un Municipio genuinamente tacneño, un hombre excepcional porque fue docto y bueno, Carlos Auza, tuvo la iniciativa de dar a gran número de calles de la ciudad, nombres de personas unidas, de un modo u otro, a la historia de ella. Así quedaron bautizadas, entre otras, las calles Olga Grohmann y Basadre y Forero. El desarrollo urbano ha hecho que ambas se extiendan hoy en largas "Prolongaciones". Nosotros no supimos lo ocurrido. Como nadie se ha ocupado de preparar una seria y sustanciosa guía tacneña, las generaciones nuevas ignoran lo que cada uno de aquellos nombres significa desde los días de la Independencia hasta los de la chilenización. Y así ha ocurrido que el apellido "Grohmann" sea bárbaramente despedazado en algunos planos irresponsables que, sin embargo, es fácil encontrar en diversos establecimientos; y un alto personaje local tuvo la franqueza de afirmar, hace poco, que, en su opinión, los nombres "Basadre y Forero" corresponden a dos personas.

Federico quedó con el cargo de tomar las últimas disposiciones. Sólo hace poco tiempo he sabido que se guardaba en nuestra biblioteca la colección encuadernada de varios años de *El Comercio*. No llegó a nuestra residencia en la capital. Probablemente, junto con otras unidades de aquella biblioteca, demasiado cuantiosa, fue abandonada o terminó en la basura por la prisa de liquidar las cosas que sobraban.

Un importante elemento de mi primera información intelectual proviene de los días de mi niñez en Tacna. Es el sentimiento de la "Patria invisible", el concepto del Perú como un símbolo.

De niño, el Perú fue para mí, como para muchos, lo soñado, lo esperado, lo profundo; el nexo que unía a la lealtad al terruño y al hogar que invasores extraños y abusivos quisieron cortar, la vaga idea de una historia con sus grandes fulgores y sus numerosas caídas y la fe en un futuro de liberación.

No conocíamos nada de la prosaica vida diaria en el Perú; para nosotros él existía sólo en el mundo del recuerdo y en el de la esperanza. Aprendimos a amar al Perú divisándolo en esos nebulosos horizontes y en los polvorientos caminos de los libros. Oriundos de una tierra de minifundios y ajena a la vorágine capitalista, permanecemos en la ignorancia del gran drama contemporáneo en América y el mundo; repetimos nombres que numerosas veces embozaban en la capa áurea de su seducción una mugrienta realidad no percibida por nuestro optimismo; y esa imagen parecía un oasis en las largas jornadas de vigilia durante el cautiverio, más hostil para nosotros que los arenales próximos a la ciudad natal.

Dicha visión no fue exclusiva de mi infancia y de quienes fueron niños como yo. Tuvo, inclusive, risibles o patéticas exageraciones. Durante la campaña plebiscitaria en 1926, la anciana señora Virginia Sosa, viuda del último gobernador nacional de Arica, desafiando amenazas y peligros, alquiló su humilde casa a unos propagandistas de nuestro país. Cuando algunos de éstos comenzaron a trasnochar y a emborracharse y a disputar entre sí con groseras expresiones, esta dama vino donde mí, llorosa, a hacer muchas veces su confesión vacilante. Ella no había imaginado que los peruanos fueran capaces de adoptar esa conducta.

Sin necesidad de incurrir en tan ingenuos errores, el pueblo entero hizo un símbolo de la patria lejana y tal sentimiento sirvió con un nexo y otorgó a vidas oscuras un místico contenido, una honda razón de ser, engrandeciendo y ahondando las limitaciones del diario y prosaico existir. Así como el lenguaje guaraní ha contribuido a la formación de una identidad en el pueblo paraguayo (ya que los niños lo aprenden en el hogar aunque no sea oficialmente enseñado), a veces creo que el espejismo doloroso e iluso del Perú cumplió, para los tacneños y ariqueños durante casi cincuenta años después de 1880, análoga tarea, como si fuese un lenguaje secreto.

¿Era una visión del Perú falsa, quimérica? ¿Creyeron ellos, creímos nosotros, en un ídolo de estiércol, en un pomposo fraude?

Desmán condenable en que incurren el poderoso grande o chico, el senador, el diputado, el gamonal, el latifundista, el funcionario; arbitrariedades y caprichos del déspota; enriquecimiento vertiginoso efectuado por el prevaricador de ayer o de hoy o de mañana; oratoria vacía y vana en los labios de quien, allá en sus adentros, se ríe de sus frases comunes como sendas por cualquiera transitadas; ocio costoso del diplomático inútil; negligencia o rutina en el burócrata, con daño o desmedro de la injusticia clara o del interés legítimo; intriga sórdida bullente en las camarillas; violación mendaz de los derechos del pueblo; calumnia esparcida por el pasquín o el corrillo; amarilla envidia para

quienes valen; arrastrarse en las cadenas o enfurecerse en los tumultos; egoísmo 'ciego de las oligarquías de espaldas ante la comunidad que las nutre; indiferencia, hostilidad o desprecio frente a los que tienen el derecho fundamental de ascender desde un nivel demasiado bajo. Todo esto y otras cosas más y que vienen a ser análogas, eran notorias dentro del Perú cuando los tacneños soñaban y esperaban tanto de él. Lo mismo y otras cosas por añadidura prosiguieron y ellos mismos las vieron de cerca más tarde y aun las sufrieron en la carne y en el alma.

Precisamente, aquello es lo que niega de modo sustancial la razón por la que fue erigida, a costa de mucha sangre, la República contra el imperio español y contra los monárquicos criollos; y lo que desmiente, en un sentido categórico, la justificación palpitante, actual y futura, del Perú visto no sólo como conjunto territorial amplio y difícil aunque uncido a través de muchos siglos a un solo Estado y como núcleo humano cuya integración no avanzó todo lo que fue deseable o justo, sino, fundamentalmente, como instrumento de trabajo para una mejor existencia de quienes aquí moran. No hay que confundir, por eso, a la multigeneracional estructura de la "patria invisible" a la que el sacrificio de los buenos otorgó, a pesar de todo, vigencia, con el país circundante que puede ser y es, demasiadas veces, injusto, mezquino, impuro y cruel.

Las debilidades humanas que en 1926, angustiaron en Arica a mi buena amiga, la admirable señora Sosa, son inevitables. Hay, en cambio, derechos imprescriptibles, una atmósfera de dignidad máxima para subsistir, seguir adelante y tomar impulso y que constituyen la misión, el destino y la promesa, no cumplida, de nuestra existencia en común de indios, mestizos y blancos. Para tales cosas se fundó la República y no para vivir menguadamente. Con esos requisitos fundamentales se debe avanzar hacia las grandes concepciones de plena justicia social, auténtico desarrollo material y cultural, prosperidad estable e integración benéfica cuando llegue la hora de ella.

Por esto, en realidad, ¿no hubo, dentro de múltiples variantes, una honda similitud entre la porfiada esperanza que del Perú se forjaron aquellos infortunados hombres, mujeres y niños, modestos y anónimos, en Tacna y Arica entre 1881 y 1929 y la imagen que, si escrutamos en la historia del Perú ya sedimentada, tuvieron los caídos en las jornadas de 1879 a 1883, los próceres, los maestros, los precursores, los tribunos, los héroes que emergieron sobre el fango; así como las muchedumbres en las grandes agitaciones sociales y también en las grandes jornadas cívicas, o sea en las fugaces e ilusorias primaveras democráticas incruentas o cruentas de 1827, 1834, 1854, 1866, 1895, 1912, 1919, 1930, 1945 y 1963?